



DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DEL SUR

Tesina de Licenciatura en Filosofía

La cultura neguentrópica:
El concepto de organización en Gilbert Simondon.

MARÍA EVA BENAMO

BAHÍA BLANCA

2018

ARGENTINA

Esta Tesina se presenta como trabajo final para obtener el título de Licenciatura en Filosofía de la Universidad Nacional del Sur. Es el resultado de la investigación desarrollada por María Eva Benamo, en la orientación Teórico-Práctica, bajo la dirección del Licenciado Laureano Correa.

ÍNDICE:

1. Introducción.....	1
1.1. Presentación del problema y estructura general de la investigación.....	1
1.2. Gilbert Simondon y el problema de la organización.....	2
1.3. Consideraciones metodológicas.....	4
1.4. Periodización de la obra de Gilbert Simondon.....	7
2. Parte I. Teoría de la individuación.....	8
2.1. La individuación, una perspectiva ontogenética.....	8
2.2. Modalidades de individuación: física, vital y psíquico-colectiva.....	14
2.3. La vida en común y el concepto de lo transindividual.....	20
2.4. Invención y progreso: la envoltura es el regalo.....	22
3. Parte II Información y organización.....	25
3.1. Enfoques tecno-científicos: Organización y complejidad.....	25
3.2. Fundamento común de la “primera sistémica”: la teoría de la información.....	28
3.3. Dos sentidos de la noción de información respecto de su posibilidad de aparición.....	30
3.4. Información y amplificación.....	33
3.4.1. La amplificación transductiva.....	34
3.4.2. La amplificación moduladora.....	35
3.4.3. La amplificación organizante.....	36
4. Parte III. Cultura, técnica y equilibrio.....	37
4.1. Geopolítica de la información: imperativo de la conectividad.....	37
4.2. El objeto técnico pudoroso.....	40
4.3. Patogénesis: una sintomatología del aturdimiento.....	43
4.4. <i>La physique est déjà éthique</i>	46
5. Conclusiones.....	50
6. Bibliografía:	60

*“La noche es el tiempo del cambio de ciclo donde se efectúan
a veces los cambios de estructura que son invenciones mayores o menores,
que conducen a ver las situaciones bajo una luz nueva”
(Simondon, 2013: 32).*

1. Introducción.

1.1. Presentación del problema y estructura general de la investigación.

El “descubrimiento” de la noción de información -y sus desarrollos tanto en el ámbito epistemológico como en el de la tecnología aplicada-, ha desencadenado serias transformaciones en las sociedades del siglo XX que abrieron el camino para lo que Éric Sadin llama “la silicolonización” del mundo. Dichas transformaciones implican desplazamientos ontológicos, epistemológicos y antropológicos que en muchos casos derivan en fenómenos de crisis (Sadin, 2018). La cultura, entendida como medio según el cual el hombre regula su relación con el mundo, consigo mismo y con otros hombres (Simondon, 2008: 243), se muestra incapaz de contener las tensiones provocadas por la incidencia de estas transformaciones y atraviesa conflictos cuya resolución pareciera cada vez más lejana. Como afirma el pensador que será indagado principalmente en nuestra investigación, Gilbert Simondon, se trata de un contexto que impone a la filosofía “una tarea única a llevar a cabo, la de la búsqueda de la unidad entre los modos técnicos y los modos no técnicos del pensamiento” (Simondon, 2008: 233). El esfuerzo filosófico, en este sentido, debe terminar con la falsa separación entre técnica y cultura, promoviendo una convergencia entre los modos operatorios del pensamiento técnico y los modos contemplativos de las ciencias humanas. Sólo una filosofía semejante es capaz de señalar algunos dualismos que necesitan ser revisados -como las tendencias tecnocráticas y tecnofóbicas explicadas en el inciso 4.2 de la presente investigación- que desequilibran la cultura, y debilitan su capacidad para regular las relaciones entre los hombres.

En función de este diagnóstico y teniendo en cuenta la tarea propuesta por Gilbert Simondon, el problema que esta investigación se propone abordar es resultado de la convergencia entre las siguientes tres vertientes de análisis: La primera, desarrollada en la Parte I, corresponde a una perspectiva ontológica que problematiza las relaciones entre ser y devenir manifiestas en un real sometido a cambios y que podría ser abordada en la historia de

la filosofía como la pregunta por la ontogénesis. La segunda, correspondiente a la Parte II, considera desarrollos tecno-científicos propios del siglo XX que fueron promovidos por una noción que puede ser usada como punto clave para dar cuenta de ellos: la noción de información. Finalmente, la tercera vertiente –que constituye la Parte III- analiza la relación entre técnica y cultura que tematiza Simondon, y que según afirma, instituye un desfasaje que afecta dominios como los de la ética, la ciencia, y la política. Señalamos también allí algunas problemáticas suscitadas por los mencionados desarrollos y los cambios de perspectiva asociados a ellos en la cultura contemporánea.

El punto en que convergen estas tres vertientes de análisis es el problema de la organización. Los desplazamientos ocurridos en estos tres campos indican que esta noción ha adquirido gran relevancia a partir del siglo XX. Por ejemplo, en el ámbito epistemológico comenzaron a estudiarse, aquellos sistemas cuyo comportamiento no puede explicarse ni desde el punto de vista de sus elementos ni desde el punto de vista de la totalidad por lo que su organización adquirió carácter problemático. La noción de información asociada a intercambios energéticos, también dio impulso a este nuevo paradigma en el que conceptos como interacción, regulación, crecimiento, son utilizados para estudiar organismos, redes computacionales o sistemas sociales desde el punto de vista de su organización¹.

1.2. Gilbert Simondon y el problema de la organización.

Por lo dicho, en la presente investigación, nos limitaremos a indagar la problemática de la organización a partir de una selección de la obra de Gilbert Simondon, cuyos puntos de vista consideramos pertinentes para el tratamiento de nuestro tema. Para Simondon, el concepto de organización tiene gran relevancia, si bien no lo tematiza directamente. En una conferencia dictada en el Coloquio de Royamount del año 1962², Simondon afirma:

¹ La cibernética, la biología, las teorías del caos y las teorías de la complejidad –por mencionar algunas- abordan ramificaciones muy amplias, en algunos casos contradictorias, de esta temática. Pensadores como el filósofo Edgar Morin o el biólogo Ludwig von Bertalanffy, han señalado la importancia del problema de la organización en el siglo XX. Morin afirma que tanto los desarrollos contemporáneos de la biología, como los de la cibernética, las teorías sistémicas y las ciencias humanas “piden por una teoría de la organización” (Morin, 2008: 51). Bertalanffy, en el marco de su teoría general de sistemas, afirma que en contraste con la física clásica “un problema fundamental planteado a la ciencia moderna es el de una teoría general de la organización” (Bertalanffy, 2012: 34).

² Esta conferencia fue dictada en el año 1962 en el coloquio de Royamount *El concepto de información en la era contemporánea*, organizado por Simondon, y titulada *La amplificación en los procesos de información*. En la Argentina fue publicada por la Editorial Cactus en el volumen *Comunicación e Información* del año 2016.

“La filosofía del siglo XIX es bajo sus diferentes formas una filosofía de la energía potencial; es la etapa última de una evolución dialéctica. Con la noción de organización, la nuestra comienza un nuevo ciclo, donde se manifiesta, como en la Antigüedad, una búsqueda primordial de saber, de información que se pueda poner a la entrada del modulador social o psicosocial (colectivo)” (Simondon, 2016: 162).

Para comprender la inserción del concepto de organización en la filosofía simondoneana, en esta introducción realizaremos las siguientes consideraciones generales. En su tesis doctoral defendida en el año 1958³, Simondon elabora una teoría de la individuación en la que se propone dar cuenta de la realidad individuada según un método que no otorgue “privilegio ontológico al individuo constituido”, ya que esta decisión epistemológica sería deficiente para comprender la naturaleza asociada al mismo, así como su importante rol en la operación de individuación. El individuo es para Simondon lugar de una afectación del ser consigo mismo, resultado de una actividad: señala el hecho de que cierta determinación estructural y cierto intercambio energético han sucedido *hic et nunc*. Así, el individuo es efecto de una operación de información que puede manifestarse en tres modalidades, según las cuales se define si es un real organizado y qué grado de organización comporta.

Dicha teoría es factible de ser analizada desde las tres vertientes de análisis mencionadas en el inciso 1.1 por las siguientes razones: En primer lugar, desde la perspectiva ontológica, Simondon propone una vía de investigación que da cuenta de las relaciones entre ser y devenir a partir de la noción de ontogénesis, postulando que la relación tiene rango de ser, por lo que ni un sustancialismo que aborde al ser como dado o consistente en sí mismo ni una perspectiva hilemórfica que lo considere resultado de la reunión entre forma y materia, resultan suficientes para el estudio de la individuación. En segundo lugar, Simondon aborda los estudios contemporáneos de la cibernética -“esa ciencia del mando y de la comunicación entre el ser viviente y la máquina” (Simondon, 2008: 166)-, de la teoría matemática de la información y la física, entre otras, proponiendo una noción de información que difiere de la utilizada en los campos mencionados y que nos permite dar cuenta de algunos problemas epistemológicos asociados a ellos, así como de la dimensión filosófica que comporta dicha noción. En tercer lugar, la teoría de la individuación reformula diádas conceptuales como las de individuo-colectivo, orden-desorden, teoría-práctica y postula relaciones novedosas entre las nociones de ética y normatividad, tecnología y orden simbólico, que nos permiten abordar

³ Se trata de *La individuación a la luz de las nociones de forma e información*, defendida en 1958 y publicada en Francia por la editorial Puf en 1964. En Argentina, su primera edición fue en el año 2009 mientras que la segunda edición, -corregida en función de la edición francesa del año 2013- fue publicada en 2015.

el problema de la cultura desde una perspectiva capaz de incorporar las transformaciones mencionadas y los conflictos que traen consigo.

Simondon no sólo considera que la filosofía del siglo XX comienza un nuevo ciclo con la noción de organización, sino que define uno de sus conceptos fundamentales al comprender la individuación como “amplificación organizante”. Este concepto caracteriza la operación de información más compleja según la cual es posible la ontogénesis de lo real, por lo que nos permite vincular las nociones de información, ontogénesis e individuación, en un sentido organizacional. En función de lo dicho, el problema que este trabajo se propone abordar consiste en especificar la posición de las investigaciones de Gilbert Simondon respecto de las vertientes de análisis mencionadas, a fin de señalar sus vínculos y aportes posibles al problema de la organización. De igual modo se espera obtener herramientas acordes a una lectura histórica y conceptual de la temática mencionada, así como a la delimitación de los problemas filosóficos que nos interpelan en la actualidad desde una triple perspectiva ontológica, epistemológica y cultural.

Nuestro objetivo específico consiste en considerar el rol la cultura como medio regulador o mediación simbólica entre la vida orgánica y la vida técnica en las sociedades. Pretendemos explicitar su función activa, reflexiva, para la “individuación psíquico-colectiva” y las condiciones en las cuales esta función se interrumpe dando lugar a lo que llama “relación patológica” (Simondon, 2009:461), (Simondon, 2017: 236). Vincularemos también, la problemática de la cultura en relación al concepto de “neguentropía” con el cual Simondon explica la operación de información y en relación a la perspectiva ética que de allí se desprende. Se trata de advertir que para nuestro autor la cultura “envuelve” la aparición del individuo, sin agotar su capacidad de transformación, regulando su posibilidad de seguir transformándose.

1.3. Consideraciones metodológicas.

Desde el punto de vista metodológico, se busca considerar la práctica filosófica más allá de las siguientes tendencias clásicas. La primera, busca autonomizar los *corpus* teórico-filosóficos abordándolos desde un punto de vista exegético y corriendo el riesgo de tratar dichos *corpus* como obras arquitectónicas auto-justificativas. La segunda tiende a reducir los desafíos teóricos a enfoques historicistas-relativistas “y/o sociologizantes que desenraizan la

práctica filosófica” (Heredia, 2017:83). Concordamos con Heredia que en su tesis doctoral⁴ sostiene la convicción metodológica de:

“Poder pensar las construcciones teóricas y los modelos conceptuales sin renunciar a su especificidad pero teniendo siempre en cuenta el horizonte más general que los posibilita y dentro del cual se destacan diferencialmente. De lo que se trata, en suma, es de contribuir a una historia de los problemas explicitando un conjunto de premisas y pensando a partir de ellas a los sistemas filosóficos como síntomas y, a la vez, como conatos de resolución conceptual” (Heredia, 2017: 88).

En sintonía⁵ con la convicción de Heredia, en la presente investigación abordaremos la temática elegida con algunos aportes metodológicos del pensador alemán Reinhart Koselleck, quien ha dedicado sus investigaciones a problematizar las relaciones entre temporalidad, historia y método. Tomaremos principalmente la obra de 1993, en la que Koselleck propone una disciplina que denomina “historia conceptual” –*Begriffsgeschichte*- (Koselleck, 1993). Su trabajo nos pareció pertinente para la elaboración del marco metodológico de nuestra investigación. Reservamos para proyectos futuros la tarea de constatar el grado de compatibilidad del sistema filosófico propuesto por Simondon, con las características del esquema metodológico elegido, vínculo que en esta etapa de nuestra investigación, postulamos a manera de hipótesis.

El abordaje metodológico de Koselleck supone que la profundidad histórica de un concepto no es idéntica a la serie cronológica de sus significados. Ella debe ser encontrada a través de una problematización que alterne entre enfoques diacrónicos y sincrónicos a fin de visibilizar permanencias, cambios o eliminaciones entre los significados antiguos y nuevos de palabras que apuntan a un determinado estado de cosas. La historia conceptual, por un lado detecta la permanencia de teorías del pasado y la resistencia de experiencias anteriores, poniendo en consideración “aspectos del significado a los que ya no corresponde ninguna realidad, o realidades que se muestran a través de un concepto cuyo significado permaneció desconocido” (Koselleck, 1993: 122). Por otra parte, la este enfoque clarifica también

⁴ Se trata de *Simondon como índice de una problemática epocal*, defendida por el doctorando Juan Manuel Heredia, en la Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA) en el año 2017; dirigida por el Dr. Pablo Esteban Rodríguez y codirigida por el Dr. Elías José Palti.

⁵Esta tesina se inscribe en el marco del trabajo realizado en el Centro de Investigaciones Bioéticas y en la Cátedra de Ética y Bioética -radicados en la Universidad Nacional del Sur-, bajo la dirección de los Licenciados Fabio Álvarez y Laureano Correa –UNS-. El enfoque desde el cual se orientan las investigaciones allí realizadas comprende la intención de tematizar las problemáticas éticas y bioéticas como una “sintomatología de la cultura”.

“La diversidad de niveles de los significados de un concepto que proceden cronológicamente de épocas diferentes. De este modo va más allá de la alternativa estricta entre sincronía y diacronía, remitiendo más bien a la simultaneidad de lo anacrónico, que puede estar contenida en un concepto” (Koselleck, 1993: 123).

En este sentido los conceptos no sólo dan cuenta de una historia de las ideas vinculadas entre sí, sino que además son indicadores de repeticiones y cambios estructurales que incluyen y se involucran en la historia social y sus dimensiones extralingüísticas. Un concepto es polívoco porque es histórico, es decir, constituye en sí mismo una dinámica tensa entre significado/significante, emisor/receptor y pasado/futuro. Koselleck propone, para explicar estas tensiones, la diada “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativas” que constituyen el seno en el cual emergen los conceptos y se modifican desplazando o recuperando sus implicancias. Entendiendo la experiencia como el recuerdo o la persistencia de los acontecimientos pasados, y la expectativa como el enlace que orienta la experiencia hacia el futuro, Koselleck afirma que ambas nociones son categorías formales que “remiten a un dato antropológico previo, sin el cual la historia no es ni posible, ni siquiera concebible.” Por lo dicho, “las condiciones de posibilidad de la historia real, son a la vez, las de su conocimiento” (Koselleck, 1993: 336). Las mismas permiten “tematizar el tiempo histórico por entrecruzar el pasado y el futuro” a la vez que problematizar la temporalidad del hombre y “meta-históricamente a la temporalidad de la historia” (Koselleck, 1993: 337)⁶.

Ahora bien, la intencionalidad de reponer los rasgos de la temporalidad propia de un concepto no implica una contradicción insalvable a la hora de problematizar el presente, desde el cual inexorablemente se realiza esta periodización. Toda conceptualización es un ejercicio que ordena y orienta un haz de experiencias en función de expectativas que a su vez son modificadas por dichas experiencias. Dicha orientación podrá, como veremos en el transcurso de nuestra argumentación, denominarse “ética”⁷ y corresponde a un estado de cosas actual. Sin embargo, esta metodología tampoco asigna al presente un privilegio absoluto en su esfuerzo de prognosis hacia el futuro, en el que el horizonte de expectativas desestime o le reste peso al espacio de experiencias que lo permite. En este punto, seguiremos

⁶ En 1960 Simondon presenta en la Sociedad Francesa de Filosofía una conferencia titulada *Forma, Información, potenciales* en la cual propone el objetivo de dilucidar una posible axiomatización de las ciencias humanas. El núcleo de esta propuesta está constituido por la operación de adquisición de forma o transducción, ya tematizada en sus tesis doctorales, que le permiten al autor vincular la práctica teórica con el su posición ontogenética. Según apunta Juan Manuel Heredia en su tesis doctoral, en dicha conferencia “se desata una discusión sin concesiones, en la cual se destacan los fuentes contrapuntos que mantiene con Paul Ricoeur y con Jean Hyppolite” (Heredia, 2017:29). El concepto de transducción será central para el desarrollo de nuestra investigación.

⁷ Ver Parte III, inciso 4.4.

también a Koselleck intentando articular los conceptos aquí postulados, sin desviar la atención de las estructuras iterativas cuya persistencia nos protege de elaborar una perspectiva utópica –esto es, con pretensión de absoluta novedad- del futuro. El concepto pregnante o *significativo* es aquel que afecta tanto como es afectado, por la tensión entre experiencia y expectativa.

1.4. Periodización de la obra de Gilbert Simondon.

En lo que respecta a la elección de las fuentes principales de nuestra investigación, seguimos la periodización que realiza Juan Manuel Heredia, quien distingue tres momentos bio-bibliográficos en el trabajo de Gilbert Simondon. El primer momento corresponde al periodo comprendido entre los años 1944-1958, que culmina con la defensa de su tesis doctoral dirigida por Jean Hyppolite (Penas, 2014: 14), y su tesis complementaria, dirigida por Georges Canguilhem. El segundo momento comprende la etapa entre 1959 y 1968, mientras que el tercer momento abarca los años 1968-1983. Si bien es posible señalar grandes continuidades en la trayectoria filosófica de Simondon, como la visión ontogenética y procesualista de la realidad que implica el concepto de transducción y sus nociones vinculadas –*allagmática*, información, operación, entre otras-, se observan algunos desplazamientos que es necesario considerar.

Heredia señala que conceptos fundamentales de la primera etapa como los de “realidad pre-individual” y “transindividual”, así como el acercamiento a temáticas del ámbito de la física, en la segunda y tercera etapa son prácticamente desplazados. Otra distinción importante es que “(...) en el segundo momento las cuestiones biológicas, psicológicas, etológicas y culturales acompañan la preocupación las técnicas y la tecnología, -mientras que- en el tercer momento reseñado son estas últimas las que acaparan toda la atención” (Heredia, 2017:63).

Por lo dicho, en el presente trabajo nos hemos concentrado principalmente en el primer y segundo momento señalado, focalizando en sus tesis doctorales del año 1958, *La individuación a la luz de las nociones de forma e información* y *El modo de existencia de los objetos técnicos* –de ahora en más ILFI y MEOT-. Abordamos también el curso dictado entre 1965 y 1966, titulado *Imaginación e Invención*. Respecto de la problemática de la información, trabajamos especialmente en torno a la conferencia mencionada del año 1960, *Forma, información, potenciales* -FIP-, así como la conferencia de 1962 titulada *La*

amplificación en los procesos de información –API- publicada en *Comunicación e información*. Apoyaremos la lectura de los textos mencionados con el volumen del 2017 titulado *Sobre la técnica* –ST-. Específicamente consideraremos la conferencia *Los límites del progreso humano* (1959) y el artículo *Cultura y Técnica*.

Respecto de la bibliografía complementaria, para el tratamiento de la relación información –organización en sentido filosófico nuestro punto de apoyo serán las investigaciones de Pablo Rodríguez (UBA), quien es uno de los principales receptores de la obra de Simondon en Argentina. El trabajo de Rodríguez sobre la temática es prolífico, por lo que en la presente investigación relevaremos principalmente sus obras *Historia de la información* (2012) y *Amar a las Máquinas*(2015) –que constituye una compilación de artículos sobre cultura y técnica en Gilbert Simondon, realizada junto a Javier Blanco(UNCO)- .

En función de orientarnos sobre el estado actual de la relación entre información-organización en sentido epistemológico, consideramos la obra de Carlos Reynoso *Complejidad y Caos una exploración antropológica* así como la de Katherine Hayles *La evolución del caos el orden dentro del desorden en las ciencias contemporáneas*. A partir de ellas buscaremos comprender una distinción en la recepción de la noción de información en sentido técnico, pertinente a la hora de comprender la argumentación de Simondon. Finalmente para el tratamiento de la perspectiva cultural, a modo introductorio tuvimos en cuenta autores que han problematizado las transformaciones que las nuevas tecnologías imponen en la cultura. Respecto de la perspectiva simondoneana, relevamos algunos artículos del ya referido *Amar a las máquinas*, como *Simondon como educador, una lectura transductiva en clave latinoamericana*, cuyo autor es Gonzalo Aguirre. Nos interesa también la obra de Muriel Combes, *Simondon, una filosofía de lo transindividual*, quien, como señala Juan Manuel Heredia, favorece el aspecto ético-político de la obra de Simondon, a partir de una interpretación que se distingue de la de otros especialistas como Bernard Stiegler y Gilbert Hottois, que parecerían disminuir el peso de la individuación psíquico-social por enaltecer el peso de la tecnicidad como soporte y motor de individuación (Heredia, 2015).

2. Parte I. Teoría de la individuación.

2.1. La individuación, una perspectiva ontogenética.

Un dilema de los más viejos del mundo filosófico corresponde a la tensión entre comprender los acontecimientos –cualquier realidad organizada, ya sea la evolución histórica,

las técnicas, o la realidad individual— en tanto variaciones accidentales de una realidad esencial inmutable, o en tanto resultado de una concatenación causal según la cual nada podría perseverar en la existencia más que en la modalidad de lo efímero. Este dilema plantea preguntas como por ejemplo, cuál es la naturaleza de la identidad en realidades sometidas al cambio, o cómo es posible la unidad sobre la dispersión de la múltiple. Desde el punto de vista del tema que nos convoca, esta tensión se traslada a la pregunta por la posibilidad y naturaleza de la organización, que para los pensadores en los que se basa nuestra investigación debe concebirse sobre un fondo dinámico: la organización, ya sea en el plano ontológico, epistemológico o cultural, requerirá de la plasticidad suficiente para continuar siendo efectiva en la medida en que la naturaleza relacional de los elementos que la comprenden se vaya desplazando, enriqueciendo, desequilibrando y modificando.

Gilbert Simondon, pensador francés de mediados de siglo XX, ha planteado el *reboot* de este dilema —el de la relación entre ser y devenir, permanencia y cambio— bajo el concepto de “individuación”, problemática principal de su tesis doctoral ILFI. En primer lugar, cabe remarcar que si bien admite que individuar objetos es un aspecto de la necesidad del hombre de reconocerse y encontrarse en las cosas, “(...) una expresión de la existencia psicosocial del hombre” (Simondon 2009: 80), el autor problematiza la noción de individuación con la intención de realizar un análisis epistemológico crítico, que aborde dicha cuestión de manera no arbitraria. Su esfuerzo responde a que considera que el carácter subjetivo de la tendencia a individuar objetos no implica que la individuación, independientemente de esta necesidad del hombre, no exista o está desprovista de valor epistemológico. En el apartado III del capítulo I del libro primero de ILFI, Simondon afirma:

“A pesar de la relatividad del principio de individuación tal como es invocado, [como una necesidad del hombre] la individuación no es arbitraria; se liga a un aspecto de los objetos que ella considera, quizás sin razón, como teniendo sólo una significación: pero este aspecto es acreditado realmente; lo que no es conforme a lo real es la exclusión de los otros puntos de vista en los cuales podría colocarse para encontrar los demás aspectos de la individuación. (...) Pero la noción misma de individuación como expresando una necesidad, no está desprovista de significación” (Simondon, 2009: 80).

Según la citada consideración, Simondon emprenderá su investigación mediante la apuesta metodológica de abordar la realidad del ser como operación individuante, por fuera de las dos vías que hasta el momento han sido utilizadas para hacerlo. Simondon señala la insuficiencia

de ciertas tradiciones filosóficas a la hora de dar cuenta de la realidad “ser”, a la que confunden con “ser individuado”. Se refiere a las tradiciones de investigación que denomina “vía sustancialista” –la cual considera al ser como dado o consistente en sí mismo- y “vía hilemórfica”, -que lo considera como engendrado por el encuentro de una forma y de una materia-. Tales indagaciones, afirma, otorgan privilegio ontológico al individuo constituido, lo cual impide la consideración de la individuación como producción de *algo más* que el ser individuado: la realidad que desborda al individuo y que es parte constitutiva del sistema en el cual se produce la individuación. Este exceso se trata de la “realidad pre-individual”, que junto a las nociones de realidad “transindividual” y la pareja “individuo-medio”, constituyen parte de la axiomática con la cual Simondon explica las relaciones de complementariedad que hacen al individuo fuente de hecceidad, es decir, soporte de relaciones futuras -ergo: individuaciones futuras-.

Dicho de otro modo, el principio de explicación no puede preceder a la realidad explicada, porque si lo hiciese sería tomado como un término constituido desde el cual sólo restaría derivar los caracteres que lo componen, actitud que empobrece lo real y omite aspectos que podrían ser correlativos a la aparición del individuo. En abierta disputa con las mencionadas tradiciones, Simondon edifica entonces un programa que pretende evitar pensar la individuación a partir de un principio que preceda a la individuación misma, sino que intenta “conocer al individuo a través de la individuación antes que la individuación a través del individuo” (Simondon, 2009: 26) Dicho método, llamado “método transductivo”, consiste en un sistema de compatibilidad entre el método deductivo y el método inductivo, y corresponde a una teoría de la individuación que será entendida como operación ontogénica. Para Simondon, el término “ontogénesis” conserva cierta familiaridad con el término “morfogénesis” pero abarca un sentido más vasto:

“La palabra ontogénesis toma todo su sentido si, en lugar de concederle el sentido restringido y derivado, de génesis del individuo (por oposición a una génesis más vasta, por ejemplo la de la especie), se le hace designar el carácter de devenir del ser, aquello por lo que el ser deviene, en tanto es, como ser” (Simondon, 2009: 26).

Este punto de partida metodológico en su investigación no es trivial, si se lo considera desde la perspectiva de sus consecuencias ontológicas. En primer lugar, se trata de un pensamiento que posee la capacidad de abordarse a sí mismo y a sus objetos, sin la necesidad de ordenarse en torno a un punto de referencia trascendente, inmóvil, pero sin perderse en el

terreno amorfo de la relatividad absoluta. En segundo lugar, el hecho de “no intentar componer la esencia de una realidad mediante una relación conceptual entre dos términos extremos, y [de] considerar toda verdadera relación como teniendo rango de ser” (Simondon, 2009:37), permite pensar el fenómeno de la organización de los individuos como una operación constitutiva. Esta operación modifica los caracteres internos de los individuos en función de los intercambios entre ellos y con la realidad no individuada que hemos denominado exceso.

Dicha operación explicada mediante el concepto de “transducción”, constituye la modalidad central según la cual el ser deviene, afectándose a sí mismo. Simondon utiliza la noción de transducción para explicar tanto la operación ontogenética según la cual el ser deviene, así como la apuesta metodológica que emprende. La transducción se distingue de la deducción pura y de la inducción pura, dado que éstas son efecto de un antiguo sustancialismo, en el que “el individuo no es buscado en el orden de magnitud del ser humano, sino en los dos extremos de la escala de las magnitudes concebibles” (Simondon, 2009: 141), que son la elementalidad o la totalidad. Estos dos tipos de razonamiento, según cree, son insuficientes para dar cuenta por sí solos de la realidad del individuo, ya sea en el plano de los estudios políticos y sociales que captan al hombre por encima del nivel de unidad, o en el plano de los estudios empíricos que lo captan por debajo de ella -como las técnicas de manipulación humana-. La razón de esta insuficiencia radica en que no existe ninguna realidad elemental extrema desde la cual el individuo pueda ser inducido, ni un conjunto de los conjuntos desde el cual pueda ser deducido.

Sin embargo, un método que proceda como mediación entre estos extremos, -sin operar por ello una síntesis que suprima la tensión entre los mismos- lograría conocer al individuo en tanto integrado a un sistema en permanente devenir⁸. Por lo dicho, el método transductivo es la marcha del concepto que permite consumir la génesis del pensamiento, al mismo tiempo que se cumple la génesis del objeto. Es intuición sin ser deducción absoluta y es comprensión sin ser inducción absoluta. Ahora bien, la mediación propuesta por el método transductivo es en sí misma una individuación o dicho de otro modo una operación de información. Pero Simondon utiliza un sentido de información muy preciso. En la Parte II de esta investigación desarrollaremos este concepto, pero por el momento diremos que desde un

⁸ En el ámbito de las ciencias empíricas, Simondon menciona como ejemplo descubrimientos que han resultado de mediaciones de este tipo, como es el caso la teoría electromagnética de la luz de Maxwell que constituiría cierta síntesis creadora a la que Simondon denomina transducción. (Simondon, 2009: 176) (Simondon, 2015: 484)

punto de vista histórico-cultural, para Simondon el descubrimiento de la información hace necesario el mencionado método transductivo, porque el pensamiento se enfrenta a la necesidad de compatibilizar distintos campos de estudios, en una sociedad que ha aumentado su capacidad de comunicación y de relaciones de horizontalidad al haber cambiado la morfología de sus intercambios energéticos. (Simondon, 2017: 231)⁹.

La piedra de toque de las anteriores consideraciones ontológico/metodológicas es la siguiente afirmación: “El único principio por el que uno puede guiarse es el de la conservación del ser a través del devenir” (Simondon, 2009:27). Esto es, lo único que puede servirnos de guía a la hora de construir una axiomática es la experiencia de la ontogénesis, que deberá ser primera ante toda lógica u ontología. Se trata de advertir que la aparición del ser individuado corresponde al resultado de una operación que puede no agotar su capacidad de transformación, sino que lleva consigo la posibilidad de seguir transformándose y de sostenerse o crecer –acrecentar su información- a pesar de dicha transformación. El individuo es siempre una realidad parcial relativa a un medio, que surge contemporáneamente a él y a otros individuos. No agota el exceso, esto es en este caso, la naturaleza “preindividual” que trae consigo en tanto ser.

Es en este sentido que las realidades del ser y del individuo jamás deben ser comprendidas en oposición al devenir, sino como actividad de aquello que es definido en tanto realidad preindividual en estado dinámico de estabilidad, que Simondon denomina “equilibrio metaestable”. La realidad del individuo es más que unidad porque es considerado un sistema tenso, es decir que reúne incompatibilidades, en el seno del cual, según una capacidad que tiene el ser de defasarse en relación consigo mismo, se consuma la individuación que es el devenir:

“La individuación corresponde a la aparición de fases en el ser que son las fases del ser; no es una consecuencia depositada al borde del devenir y aislada, sino que es esta misma operación consumándose” (Simondon, 2009: 27).

Para Simondon, por lo dicho, se trata de comprender al ser como un sistema polifásico, es decir, irreductible a una sola entelequia, a una sola significación o nivel de individuación. El concepto de fase, inspirado en el que se utiliza en el ámbito de la física como “relación de

⁹ Se refiere a las nuevas formas de energía puestas en marcha en el siglo XX, como la energía electromagnética que a diferencia de la termodinámica, no depende en su rendimiento de la potencia de instalación. En este sentido, Simondon afirma: “un cambio en la morfología de los intercambios energéticos sería incompleto sin un cambio correlativo en la morfología de los intercambios de *información*”. (Simondon, 2009: 231)

fase”, le permite a Simondon explicar que tal “aspecto” de un sistema no es un momento temporal, sino que es el resultado del desdoblamiento del ser que se opone a otro aspecto. En MEOT Simondon afirma que “(...) no se concibe una fase si no es en relación con otra o varias fases” (Simondon, 2008: 177). El ser completo es entendido como un sistema polifásico cuya modalidad de resolución es la ontogénesis, esto es, la capacidad que tiene el ser de desfasarse en relación consigo mismo a la que Simondon llama devenir y que posibilita la operación de individuación. Esta concepción del ser en la que la génesis de los individuos marcha sobre una serie de desdoblamientos, implica que éste no posee unidad de identidad, sino unidad transductiva.

En síntesis, para Simondon, la realidad parcial que puede ser considerada individuo, es más bien una situación excepcional de la que sólo podemos dar cuenta si atendemos a la totalidad de las relaciones entre las que ésta se inscribe y en la que es constituida. El individuo será captado entonces en tanto realidad relativa, como:

“Una cierta fase del ser que supone antes que ella una realidad preindividual y que aún después de la individuación, no existe completamente sola, porque la individuación no consume de golpe los potenciales de la realidad preindividual, y por otra parte, lo que la individuación hace aparecer no es solamente el individuo sino la pareja individuo- medio” (Simondon, 2009: 26).

Es así que las nociones de individuación, ontogénesis e información, constituyen distintos planos de la operación posibilitada por la realidad preindividual que puede ser entendida como “naturaleza”, cuyo potencial¹⁰ organizador reside en que se encuentra en el mencionado equilibrio tenso, el equilibrio metaestable:

“La individuación no es un proceso reservado a un único dominio de realidad, por ejemplo de la realidad psicológica o de la realidad física, solo puede existir realidad individualizada como un mixto: en este sentido intentaremos definir al individuo como realidad transductiva. A través de esta palabra queremos decir que el individuo no es ni un ser sustancial como un elemento, ni una pura relación, sino que es la realidad de una relación metaestable” (Simondon, 2009: 351).

Simondon toma del fenómeno de cristalización el concepto de metaestabilidad, porque le permite escapar del conceptualismo físico, consecuencia del esquema hilemórfico, que

¹⁰Simondon plantea la necesidad de pensar el sistema energético. Es por ello que traza un camino que va desde la indagación sobre la energía potencial hasta llegar al concepto de metaestabilidad. En principio, no definirá a la energía potencial como una energía añadida, sino como “la fracción de la energía total del cuerpo que puede dar lugar a una transformación, reversible o no” (Simondon, 2009:92). Ésta es entonces, una noción relativa al sistema completo. Luego, a partir del ejemplo de transformaciones reversibles, afirmará que la equivalencia de dos energías potenciales diferentes corresponden al mismo estado físico del sistema, es decir a su mismo orden de magnitud, dada la convertibilidad y continuidad en sus transformaciones.

implica la creencia en que: la única modalidad en que un sistema macrofísico resuelve las tensiones comprendidas en él, es la del equilibrio estable. Tal concepción a su vez responde a la creencia en que son sólo dos los regímenes de estabilidad de un sistema: o estable o inestable.¹¹ La cristalización, ejemplifica, agrupa otros casos de irreversibilidad en los que pueden apreciarse cambios de estructura en el sistema, sin que el trayecto hacia la degradación sea constante. Estos ejemplos muestran que el individuo puede estar en equilibrio en función a determinadas condiciones y aun así seguir comportando potenciales que ante el advenimiento de un germen de información, transformarán al sistema provocando quizás una degradación, pero también posiblemente una estructuración amplificante.

La noción de metaestabilidad asociada a la de energía potencial, entonces, señala aquel régimen energético que comunica al individuo con el medio asociado que lo complica y complementa, además de ser condición de su resonancia interna: la metaestabilidad es el concepto que le permite a Simondon mostrar que cuando se modifican las condiciones de la relación en la cual un sistema se encuentra, pueden cambiar sus condiciones de estabilidad; esto es, de estructura u orden, lo cual concretizaría su postulado ontológico de que la relación posee rango de ser.

2.2. Modalidades de individuación: física, vital y psíquico-colectiva.

Una vez señalados los conceptos principales con los que Simondon concretiza su postulado inicial de conocer al individuo a través de la individuación, indicaremos brevemente qué modalidades ontogenéticas pueden ser distinguidas. En la teoría propuesta por Simondon, no todo individuo pertenece al mismo régimen de individuación.

“La intención de este trabajo es por tanto estudiar las formas, modos y grados de la individuación para resituar el individuo en el ser, según los tres niveles físico, vital, psicosocial. En lugar de suponer sustancias para dar cuenta de la individuación, nosotros tomamos los diferentes regímenes de individuación como fundamento de los dominios tales como materia, vida, espíritu, sociedad” (Simondon, 2009:37).

¹¹ Este postulado proviene del mundo de la física. En aquellos sistemas cerrados como el de los motores térmicos, la única dirección posible para sus transformaciones es el camino constante hacia la degradación, es decir hacia la inestabilidad. Pero el caso de los motores térmicos no es el único que implica un sistema irreversible.

Por lo dicho ILFI recorre tres modalidades de individuación, la física, la vital y la psíquico-colectiva. Simondon, comienza su investigación analizando la individuación física en el caso de la operación técnica en la que una materia adquiere forma. En este caso, sostiene, la relación que produce el individuo existe solo un instante, cuando la materia adquiere determinada forma. Utilizando el ejemplo de la fabricación de un ladrillo, arriba a la siguiente conclusión: toda individuación es resultado de la comunicación entre dos órdenes de magnitud dispares, los cuales corresponden a las propiedades intraelementales presentes en las condiciones materiales, y a las propiedades interelementales aportadas por un cierto régimen energético. El ejemplo del moldeado de la arcilla –ladrillo-, explica que la misma en tanto materia, es portadora de potencialidades uniformemente esparcidas por el artesano. Durante el trabajo del artesano, cada punto en la arcilla repercute sobre todos los otros: limitada por el molde, la arcilla “resuena” con el trabajo del obrero, que actualiza sus potencialidades haciéndola pasar de un estado de materia preindividual –homogéneo- al de individualidad del ladrillo.

Esta modificación de estado muestra un aspecto clave en la dinámica de la individuación: cada estado del sistema implica un trabajo de “resonancia interna” que es comunicación inmediata dentro de un medio de interioridad en función de un límite que no es frontera sino actividad relacional según un sistema energético que lo comunica a su vez con un medio asociado que es exterior. El individuo está por lo dicho, tanto en el interior como en el exterior de la singularidad que constituye su límite, posibilitado por este sistema de intercambio energético, que el esquema hilemórfico patente en la operación técnica no tiene en cuenta. En el ejemplo señalado de la modulación del ladrillo, sostiene Simondon, convergen dos semi-cadenas técnicas preparadas por el artesano –arcilla y molde- en una operación en la que “la mediación se realiza a sí misma luego de que las condiciones han sido creadas” (Simondon, 2008: 259). La condición de adquisición de forma es en este caso el sistema constituido por las características materiales-energéticas del molde y de la arcilla dispuestos por el artesano. “Esta operación se apoya sobre las singularidades del *hic et nunc* concreto” (Simondon, 2009:62). Cuando la operación finaliza, culmina la individuación: “el ladrillo no arrastra su molde” (Simondon, 2009:62).

Con este ejemplo Simondon marca dos cuestiones importantes para comprender la distinción entre las modalidades de individuación. En primer lugar, la mediación transductiva descrita en el esfuerzo técnico muestra que la realidad “individuo” no es cualquier objeto, sino que corresponde a una operación que implica comunicación entre disparidades llamada

“resonancia interna”, característica de la individuación. La permanencia de ese sistema en tanto individuo corresponde a dicho régimen de actividad que en cuanto se agota, detiene la coherencia según la cual es determinado el individuo, al que entonces sólo le resta des-individuarse. Así, el principio de individuación del ladrillo no es la arcilla, ni el molde sino que:

“El principio de individuación es una operación. Lo que hace que un ser sea él mismo, diferente de todos los demás, no es ni su materia ni su forma, sino la operación a través de la cual su materia ha adquirido forma en un cierto sistema de resonancia interna” (Simondon, 2009:61).

En segundo lugar, este ejemplo señala que el individuo comporta “información”, es decir, es símbolo de su inserción en el mundo mediante las singularidades energéticas y estructurales presentes en la mencionada operación. La noción de información, en este sentido, añade la condición acontecimental presente en la individuación según la cual los estados materiales y energéticos de un sistema se vinculan con los de los demás. Designa el arribo de una singularidad que crea una comunicación entre órdenes de realidad provocando una transformación en el sistema. Ofrece por ello, afirma Simondon, la posibilidad de ser un concepto más eficiente que el de “forma” para dar cuenta de un individuo producto de un sistema en devenir: “Estas singularidades reales, ocasión de la operación común, pueden ser llamadas información. La forma es un dispositivo para producirla” (Simondon, 2009:62)

Simondon busca diferenciarse del paradigma hilemórfico que surge de la tecnología y que explica la adquisición de forma cada vez que se utiliza la noción de individuo. Considera que dicho paradigma ignora el centro mismo de la operación técnica, dado que la describe como el trabajo de una entelequia activa –forma- sobre un elemento pasivo -materia-. Simondon sostiene que es esta una representación insuficiente debido a que atribuye un rol fundamental a los casos límite, es decir, “a los extremos de una realidad organizada en serie, como si la serie pudiera ser organizada a partir de sus límites”. (Simondon, 2009: 465). Además, este paradigma considera que la materia a ser transformada, carece de forma. Por estas razones, la operación central que hemos denominado “resonancia interna” y que comunica las condiciones estructurales, materiales e informacionales de una individuación *hic et nunc*, resulta velada en el esquema hilemórfico.

El traslado de esa falsa concepción de la operación técnica al resto de los sistemas en que tiene lugar una individuación es grave para la comprensión de la individuación física, pero es aún más grave para el estudio de las individuaciones vital y psíquico-colectiva que implican

una ralentización y complejización de la primera. Por ejemplo, el esquema hilemórfico es insuficiente para dar cuenta del rol de la emoción en la individuación psíquico-colectiva, como veremos a continuación. Lo que nos interesa señalar, es que las diferencias entre los regímenes de individuación serán dadas por los tipos de organización que estos permiten.

En el caso de la individuación física “el individuo corresponde a una cierta dimensionalidad de lo real, es decir “a una topología y cronología asociadas” (Simondon, 2009: 220), en la que hay resonancia de lo simultáneo. El individuo físico, al igual que el técnico, no es un absoluto sino que corresponde a un estado de equilibrio fundado sobre un régimen de intercambios que puede ser modificado por un devenir interno o un acontecimiento exterior. Los límites del individuo físico serán dados por el alcance de esta comunicación interactiva denominada resonancia interna, que en este caso es del orden de lo simultáneo. En la individuación vital, sin embargo, se sobreimprime además una resonancia de lo sucesivo, una dimensión temporal, que implica la conservación de una estructura a través del salto entre sucesivas individuaciones. En el individuo viviente existe un tipo de auto-conservación, que separa a partir de distintas mediaciones su medio interior del medio exterior, pero que los mantiene comunicados: “Lo viviente no solamente interioriza asimilando; condensa y presenta todo lo que ha sido elaborado en lo sucesivo” (Simondon, 2009: 339). Así, en el ser viviente, los productos de la individuación pasada están disponibles como señales de información para una nueva individuación

En el caso del ser físico, la individuación está en su límite y concluye una vez terminada la adquisición de la forma como sucedía en el ladrillo. El cristal es un caso a su vez límite entre la individuación física y la del ser viviente, dado que por medio del mecanismo de polarización e iteración, recibe la información inmediata una sola vez y luego tiene la capacidad de amplificar esta singularidad de manera indefinida, siempre en función de las condiciones locales del medio asociado. La actividad ontogenética se cumple en la cristalización sólo en su superficie, por lo que Simondon va a decir que el ser físico, pese a poder propagarse indefinidamente, no tiene verdadera interioridad. En la individuación del viviente por el contrario, se cumple una verdadera ontogénesis dado que la resolución de las problemáticas internas en la operación no implica una anulación de la disparidad en un equilibrio estable, desde el cual sólo queda la degradación, sino que las tensiones internas se conservan en equilibrio de metaestabilidad, es decir, confrontadas en parejas de determinaciones que ante la llegada de una nueva individuación pueden volver a resultar significativas. Para Simondon entonces, el problema de lo inerte y lo viviente podría

resolverse si pudiéramos mostrar que este último se caracteriza por decidir en su propio campo de realidad las condiciones estructurales que le permiten resolver su propia incompatibilidad.

Sin embargo, esta capacidad de auto-organización no implica, desde luego, que el individuo viviente escapa a la degradación, es decir a la muerte, sino que indica justamente que el carácter tanatológico es el correlato de la aparición de la individualidad. Existen dos sentidos de muerte según Simondon: el primero tiene que ver con cierto azar de exterioridad del sistema mundo individuándose, que rompe el precario equilibrio metaestable del viviente mantenido a través de su propio funcionamiento. El segundo, implica una acumulación de residuos de equilibrio estable resultado de las sucesivas individuaciones, en donde la especialización –información- adquirida va acumulando la incapacidad de volver metaestables ciertas situaciones, y va depositando lo que él llama polvo sin calor, acumulación sin energía. En este sentido,

“La entropía del sistema individuado aumenta en el transcurso de las sucesivas operaciones de individuación, particularmente de aquellas que no son constructivas. Los resultados sin potenciales del pasado se acumulan sin devenir los fermentos de nuevas individuaciones; este polvo sin calor, esta acumulación sin energía es como el ascenso en el ser de la muerte pasiva, que no proviene del enfrentamiento con el mundo, sino de la convergencia de las transformaciones internas” (Simondon, 2009: 319).

Por otra parte, hay diferencia esencial entre la simple vida y el psiquismo. El individuo psíquico puede sumergirse en el juego de una dimensión extra, la de lo colectivo, y esta posibilidad está dada por el rol de su capacidad afecto-emotiva. La afectividad no juega el mismo papel en los dos modos de existencia. La axiomática planteada por Simondon es la siguiente: en la individuación vital, la acción es considerada el centro de la operación del viviente que se desdobra en sensación -captación del aquí y ahora del mundo exterior- y afección -captación desde el punto de vista de los afectos internos-. A su vez la sensación como índice de un gradiente espacial, es recubierta por la percepción que unifica la pluralidad de sensaciones en una unidad tropística. Del mismo modo, la emoción recubre la pluralidad de afecciones internas que son el índice de lo que Simondon llama un gradiente de devenir: “la emoción es un descubrimiento de la unidad de lo viviente, así como la percepción es un descubrimiento de la unidad del mundo;” (Simondon, 2009: 386).

En el caso de la simple vida, la afectividad posee valor regulador, se eleva sobre las otras funciones y asegura la individuación que es la vida misma. Ahora bien, la problemática se profundiza y aparece la dimensión psíquica cuando la afectividad ya no puede intervenir como poder de resolución y comienza a jugar otro papel. En el psiquismo, la afectividad es desbordada y deja irresueltos los problemas de las funciones perceptivo-activas encargadas de orientar al viviente en relación a su medio. El psiquismo entonces, aparece como una inmersión en la realidad preindividual, en busca de una nueva individuación, “cuando esta estructura triádica de las funciones perceptivas, activas y afectivas ya no es utilizable”. (Simondon, 2009: 242-243).

En este caso, sensaciones y afecciones corresponden a dos tipos de cuestionamiento del ser por el mundo, que requieren de una individuación más vasta para hacer coincidir sus contradicciones internas. Sensación y afección no se determinan a sí mismos a través de un auto-condicionamiento, mientras que percepción y emoción deben procurarse su propia estabilidad, aferrarse al presente, resistir a otras percepciones y emociones posibles. Sin embargo, en tanto operación de individuación que comporta algo más que un sí mismo, es decir que comporta potenciales y virtualidades, este equilibrio es imposible de mantener. La ruptura de esos estados a través del pasaje entre distintas organizaciones -percepciones y emociones nuevas-, lleva al ser a experimentar su carácter limitado. La percepción lo encierra en un punto de vista como la emoción lo encierra en una actitud, pero éstas se excluyen mutuamente, por lo que:

“Para que pueda formarse una red de puntos-claves, que integre todos los puntos de vistas posibles, y una estructura general de la manera de ser, que integre todas las emociones posibles, es preciso que pueda advenir la nueva individuación que incluya la relación con el mundo y la relación del viviente con otros vivientes”. (Simondon, 2009: 388)

Dicha mediación entre percepciones y emociones en la individuación psíquica, por lo dicho, no puede realizarse aisladamente, está condicionada en todos los casos por el dominio de lo colectivo:

“La afecto-emotividad no es solamente la repercusión de los resultados de la acción en el interior del ser individual; es también una transformación, juega un rol activo: expresa la relación entre los dos dominios del sujeto y modifica la acción en función de esa relación armonizándola con esa relación y esforzándose para armonizar lo colectivo. La expresión de la afectividad en lo colectivo tiene un valor regulador” (Simondon, 2009:374).

Así, la individuación psíquica es contemporánea a la individuación colectiva, entre las cuales hay reciprocidad. Como la emoción no pertenece a un estado actual cerrado en sí mismo, no implica ni una socialidad implícita ni una individualidad desregulada, sino que posibilita en el ser individuado la participación en individuaciones posteriores. Esta nueva participación en una individuación más vasta, no sólo estabiliza las problemáticas desde el punto de vista del individuo, sino que vuelve simultáneas las individuaciones psíquico-colectivas en una nueva fase del ser que es más que una comunicación intersubjetiva, dado que es más que el encuentro entre individuos ya consumados. Esta fase del ser es la que Simondon llamará realidad transindividual y que según afirma, “corresponde a la zona oscura del esquema hilemórfico” (Simondon, 2009: 470).

2.3. La vida en común y el concepto de lo transindividual.

Por lo dicho hasta aquí, un paradigma distinto al del esquema hilemórfico debe ser utilizado para pensar el devenir social -o el ámbito de lo común- en la vida del hombre. En una conferencia del año 1960¹² Simondon se pregunta:

“¿No habrá que buscar entre los dos extremos, es decir entre la teoría de los grupos, que es la sociología y la teoría del individuo, que es la psicología, un término medio que sería precisamente el centro activo y común de una axiomatización posible?” (Simondon, 2015: 483).

El término medio que implica la mediación transductiva será dado por la noción de realidad transindividual, que corresponde a la reciprocidad de la individuación psíquico-colectiva. La interpretación de esta noción no está exenta de polémicas¹³, pero a razón de la problemática que nos convoca diremos lo siguiente: dicho régimen pertenece al nivel psicosocial y constituye una individuación que adviene en el seno del viviente en cuanto éste no logra resolver –estabilizar- la problemática perceptivo-afectiva que lo vincula con el medio y con la carga de naturaleza que lleva consigo.

Es en función de la teoría de la individuación psíquico-colectiva o transindividual, que la realidad social es concebida como un sistema de relaciones en el que el enfrentamiento de modo directo entre individuo y sociedad corresponde sólo a un caso extremo, a una situación patológica vivida en la que ya no es posible una ulterior individuación. Así, vemos que:

¹² Conferencia dictada en la Sociedad Francesa de Filosofía, 1960.

¹³ Cfr. Juan Manuel Heredia, *Técnica y transindividualidad*, en: *Amar a las Máquinas, cultura y técnica* en Gilbert Simondon, Prometeo Libros, Bs As, 2015.

“(…) lo social verdadero no es algo del orden sustancial, puesto que lo social no es un término de relación: es sistema de relaciones, sistema que implica una relación y la alimenta.” (Simondon, 2009: 439)

Ni un psicologismo que sustancialice las relaciones de interioridad, ni un sociologismo que sustancialice las relaciones de exterioridad, pueden dar cuenta de lo humano que sólo en casos extremos se desdobra en psicológico y sociológico. Ambas disciplinas desconocen las fronteras de actividad relacional entre la interioridad y la exterioridad presente en cada individuo, así como en los grupos de exterioridad considerados como colectivos parciales. De este modo, el mundo psicosocial de lo transindividual no es ni lo social bruto ni lo interindividual:

“Supone una verdadera operación de individuación a partir de una realidad preindividual asociada a los individuos y capaz de constituir una nueva problemática que posea su propia metaestabilidad” (Simondon, 2009: 33).

Esto es, su propio estado de equilibrio y su propia posibilidad de transformación¹⁴. La vida en común es entonces, la significación obtenida por superposición en un sistema único de seres que son dispares uno por uno: es un encuentro de formas dinámicas individuado en un sistema, significación realizada, consumada, que exige pasaje a un nivel superior para estabilizar sus diversas crisis. Más adelante, en la conferencia mencionada, Simondon dirá:

“Ahora bien, vemos en efecto que lo más importante que hay en la vida de los grupos sociales, no es solamente el hecho de que son estables, es que en ciertos momentos no pueden conservar su estructura: devienen incompatibles por relación a sí mismos, se des-diferencian y se sobrecargan, así como el niño que ya no puede permanecer en un estado de adaptación, estos grupos se desadaptan. (...) Y hace falta una verdadera estructura, es decir que salga realmente de una invención, un surgimiento de forma para que dicho estado se cristalice, de lo contrario

¹⁴ El concepto de transindividualidad no coincide exactamente con el de individuación colectiva, puesto que lo colectivo es, el medio de resolución de tensión entre problemáticas subjetivas incompatibles a nivel del sujeto solo. Como señala Muriel Combes, “La tendencia de los individuos a formar parte de una individuación colectiva no podría comprenderse, por definición, como una simple disposición a la socialidad, como una potencia a actualizar. Ahora bien, precisamente para dar cuenta de esta cuestión espinosa del pasaje a lo colectivo de un modo distinto que en términos de mediación formal o de simple actualización de una potencia natural, Simondon forja el concepto de transindividualidad” (Combes, 2017: 69-70) Existe una latencia de lo colectivo a nivel del sujeto sólo correspondiente a un exceso de ser preindividual que se manifiesta imposible de ser absorbido en el ser individuado. Esta latencia implica que es la transformación del individuo, -la incorporación de realidad preindividual que lleva consigo y que comparte con el resto de los individuos-, la que le permite acceder a lo colectivo. Pero es el descubrimiento de la realidad transindividual el que hace aparecer la realidad psíquica – interioridad- al mismo tiempo que la realidad colectiva –exterioridad-, en una ulterior individuación que compatibiliza la pluralidad de sujetos. Esta individuación es entonces el modo de relación con el otro, constitutivo de la individuación colectiva y a su vez el fundamento de la reciprocidad entre individuación psíquica y colectiva, que por lo dicho hasta aquí, no se agota nunca en la realidad individuada ya que el individuo no es todo el ser ni el ser primero.

quedamos en un estado de desadaptación, de desdiferenciación (...)” (Simondon, 2015: 509-510).

Un grupo social que permanece estable, se distingue entonces de un grupo en el que se instaure una relación transindividual. Sin embargo, sociedad y transindividualidad pueden existir superponiéndose, del mismo modo que lo vital y lo psíquico se superponen en la vida del sujeto. Lo transindividual se distingue de lo interindividual presente en un grupo estable, dado que lo *interindividual no necesita de una nueva individuación* entre los individuos en los cuales se instituye, sino solamente un cierto régimen de reciprocidad y de intercambios que supone analogías entre las estructuras intra-individuales y no un *cuestionamiento de las problemáticas individuales*. La inter-individualidad permanece en un mismo nivel de individuación: busca en los otros individuos una imagen de su propia existencia paralela. Heredia sostiene:

“Lo transindividual constituye y articula dos individuaciones pero no se confunde con ellas, no se difumina en una mezcla de lo individual y lo estadístico ni resulta equivalente al concepto de individuación colectiva. Son tres términos analíticos distintos, uno de los cuales mienta <la unidad sistemática> y la razón de su reciprocidad, no su yuxtaposición ecléctica” (Heredia, 2015: 233)

2.4. Invención y progreso: la envoltura es el regalo.

Para Simondon el mundo transindividual de significaciones no se compone exclusivamente por los hombres. Los objetos creados y, entre ellos especialmente, los objetos técnicos también son soporte de lo transindividual. Sin embargo, no todo objeto técnico goza de ese carácter. En este sentido Simondon critica el estatus de alta tecnicidad que gozan los autómatas entre sus contemporáneos. La preferencia por el automatismo consiste en creer que el grado de perfección de una máquina es proporcional a su grado de autonomía y automaticidad. Simondon sostiene lo contrario, en sintonía con su perspectiva ontogenética: “El automatismo es un grado bastante bajo de perfección técnica”. Es decir, para que no sea sacrificado el potencial y las posibilidades de funcionamiento del objeto técnico, la máquina debe preservar cierto margen de indeterminación. “Es este margen lo que le permite a la máquina ser sensible a una información exterior” (Simondon, 2008: 33). De

este modo, las máquinas dotadas realmente de alta tecnicidad serán las máquinas abiertas¹⁵, es decir implicadas en su actividad con el medio que las incluye.

“El ser técnico solo puede ser definido en términos de información y de transformación de los diferentes tipos de energía o de información, es decir de una parte como vehículo de acción que va del hombre al universo, y de otra parte como vehículo de una información que va del universo al hombre” (Simondon, 2015: 463).

El conjunto de máquinas abiertas supone al hombre como organizador permanente, “como intérprete viviente de máquinas, unas en relación con las otras” (Simondon, 2008: 33). El hombre está entre las máquinas, es el inventor permanente que las coordina, y tiene la capacidad de leer a contrapelo de la individuación del objeto técnico, para poder concretizarla en un sistema completo formado por ella y su medio asociado. “La presencia del hombre en las máquinas es una invención perpetuada” (Simondon, 2008:34). Invención que consiste en regular el mencionado margen de indeterminación, a fin de instituir la operación entre máquina y medio.

En el curso titulado *Imaginación e Invención* (1964, 1965), Simondon se pregunta a qué situación corresponde una invención y responde: “A un problema, es decir a la interrupción de una ejecución operatoria continua en su proyecto por un obstáculo, por una discontinuidad que juega el rol de una barrera” (Simondon, 2013: 157). En este sentido, hiato e incompatibilidad -tanto interna como en relación al medio externo-, serán los modos problemáticos fundamentales, para los que las soluciones/invenciones aparecen como “restituciones de continuidad que autorizan la progresividad de los modelos operatorios, según una evolución anteriormente invisible en la estructura de la realidad dada” (Simondon, 2013: 17). La invención consistirá, desde este punto de vista, en la aparición de la compatibilidad extrínseca entre el medio y el organismo, y de la compatibilidad intrínseca entre los subconjuntos de la acción intra-individual. Por lo dicho, el concepto de invención como cambio de nivel energético-estructural, indica el punto en que un individuo en vías de individuación, se enriquece por medio de la operación de información. Toda invención es un descubrimiento de dimensiones organizadas allí donde se hallaban tensiones incompatibles.

¹⁵ En este punto es interesante destacar la visión de Simondon respecto de la cibernética: “La cibernética, teoría inspirada en una medida bastante amplia por consideraciones extraídas del funcionamiento de las máquinas, sería una de las bases de la tecnología si no hubiera privilegiado desde el comienzo un mixto de acción y de información que es el *feed back*, o acción en retroalimentación (causalidad recurrente); en efecto una máquina puede existir sin compartir ninguna relación entre la cadena de causalidad que vehicula la acción y la cadena de causalidad que la información; cuando comporta tal conexión, contiene un automatismo; pero existen máquinas que no son autómatas, o que al menos solo implican automatismos para funciones secundarias o temporarias y ocasionales (por ejemplo aquellas que garantizan la seguridad, el servo-comando, o el telecomando)” (Simondon, 2015: 463).

Dimensiones que conservan cierta superabundancia en su determinación que las vuelve irreductibles a la previsión total de los términos que le dieron sitio, y factibles de ser desestabilizadas en pos de otra consecuente invención.

En el curso citado, Simondon aborda el estudio del ciclo de la imagen desde un punto de vista ontogenético, es decir, como un subconjunto relativamente independiente al interior del ser viviente. Puntualmente, postula el tránsito entre la imagen como anticipación de la experiencia del medio, hacia su punto de saturación máxima: la invención del objeto creado. Nuevamente, el recorrido que propone allí supone un sistema de individuación polifásica. Simondon recorre dicho tránsito a partir del estudio sobre soluciones a problemas prácticos, tales como el rodeo, la fabricación de instrumentos, o la asociación de varios operadores según una funcionalidad. Posteriormente, analiza el pasaje de estas situaciones concretas a las formulaciones simbólicas que permiten resolver problemas generales y teóricos, por relación a los cuales las dificultades prácticas aparecen como casos particulares.

Entre estas formulaciones simbólicas, distingue las formalizaciones objetivas - formalización de los sistemas operatorios como pueden ser los sistemas simbólicos de medidas- y las formalizaciones subjetivas -como las normativas y artísticas-. Lo que nos interesa señalar aquí es la característica principal de la fase final de este recorrido, que consiste en lo que Simondon interpreta como la “no detención del devenir de la imagen”, esto es, la formalización más perfecta del proceso de invención que acontece en la producción de un objeto separable o de una obra independiente del sujeto. La característica principal de esta producción creadora es que es *transmisible*, esto es, que “puede ser puesta en común, constituyendo un soporte de una relación de participación acumulativa” (Simondon, 2013: 184).

Esta característica es relevante, porque explica por qué en la creación de objetos reside el poder regulador de la cultura: el objeto creado discontinúa simbolizaciones ya estructuradas, reemplazándolas por símbolos que resuelven tensiones incompatibles y que por lo tanto permiten el progreso, entendido como crecimiento de complejidad organizada. Simondon define el progreso como “un tejido de invenciones que toman apoyo unas sobre otras, las más recientes englobando las precedentes”. El objeto técnico al igual que una axiomática, se “satura” abriéndose a la incidencia de la señal de información, del mismo modo que lo hacía la solución cristalina utilizada para explicar la individuación física. En este punto,

“Un progreso ulterior requiere de una reconstitución del esquema, es decir, una invención: en ciertos casos, este progreso sólo se puede realizar gracias a un cambio de nivel producido por ejemplo, por una nueva teoría científica que el mismo ha suscitado” (Simondon, 2017, 42).

La superabundancia dada por la realidad pre-individual –aunque en el curso citado no la llama de este modo- constituye el poder amplificante que reside en la invención. Esta superabundancia es comparable a cierta “plusvalía funcional” en la que “la invención toma en cuenta la naturaleza como suplemento necesario a la simple finalidad práctica y antropocéntrica, que operaría solamente, según la vía más corta, una organización” (Simondon, 2013: 196-197). Tanto en la invención técnica, como en la artística, se produce un cierto reclutamiento de efectos, que entrega una dimensión de porvenir al gesto transitorio. El creador es entonces aquel,

“en quien la génesis de las imágenes, revela el deseo de existir de los seres; -de existir, o más bien de existir una segunda vez renaciendo en un universo significativo en el que cada realidad local, comunica con lo universal, y en el que cada instante, en lugar de ser sepultado en el pasado, es el origen de un eco que se multiplica y se matiza diversificándose” (Simondon, 2013: 205).

Por lo dicho, el sistema de los objetos creados “constituye la envoltura del individuo” (Simondon, 2013: 2010). Los mismos no son objetos arbitrarios ni artificiales colocados en el mundo, sino que operan cambios de órdenes de magnitud tanto desde el punto de vista de la naturaleza que se organiza, como desde el punto de vista cultural. Los objetos creados vehiculizan simbologías, organizando las funciones y significaciones recíprocas entre los hombres.

3. Parte II. Información y organización.

3.1. Enfoques tecno-científicos: Organización y complejidad.

Como afirma Pablo Rodríguez, la trama que comenzó a gestarse durante el siglo XX entre la lingüística incipiente, la cibernética, y la previa teoría matemática de la información, trajo consigo una noción que constituye un objeto del saber que existe “a partir de un entramado incoherente en términos científicos” (Rodríguez, 2006: 14): la noción de información. Dicha noción presenta dificultades para ser definida unívocamente, incluso en el interior del saber científico. Existen diversas modalidades de interpretación teórica en torno a ella, que a su vez se transmiten en a diferencias, a veces irreconciliables, respecto de sus aplicaciones prácticas.

Por otro lado, la noción de información es difícil de definir – y esto lo que le interesa señalar a Rodríguez-, porque constituye un terreno del saber que excede al ámbito de las ciencias duras dado que,

“(…) la información como noción científica es el emergente de condiciones escalonadas de posibilidad en el que conviven teorías políticas, postulados técnicos y experimentales, utopías de la comunicación y formulaciones de nuevos objetos de estudio por parte de unas ciencias humanas apenas nacientes” (Rodríguez, 2006: 13).

Con esta referencia breve al trabajo de Rodríguez, señalamos entonces un posible punto de partida para el establecimiento de la noción de información como problemática que excede a sus aplicaciones estrictamente técnicas, -pese a posiciones como las de Carlos Reynoso que afirman que la información no es un problema¹⁶-. Es en este sentido amplio que debe abordarse la noción de información en Gilbert Simondon. En esta Parte de nuestro trabajo, abordaremos la dimensión epistemológica de la mencionada noción, que se vincula estrechamente con el concepto de organización. Como veremos a continuación, nuestro autor no sólo es contemporáneo de los desarrollos de la primera cibernética, sino que discute directamente con sus padres fundadores postulando una teoría que, creemos, tiene mucho que aportar a las consideraciones sobre estas problemáticas en la actualidad.

Las nociones de información y organización en la epistemología contemporánea están intrínsecamente relacionadas en el llamado paradigma de la complejidad. Como señala Carlos Reynoso en su texto *Complejidad y Caos: una exploración antropológica*, dicho paradigma engloba la teoría de los sistemas adaptativos complejos, la dinámica no lineal, la teoría de los sistemas dinámicos, la teoría del no-equilibrio y la teoría del caos. En este contexto, la noción de organización es protagónica porque constituye el puntapié para el estudio de un tipo de sistemas en los que no sólo es posible dar cuenta de una cantidad de niveles diferenciables, sino que se constata la aparición de fenómenos de interacción, regulación o relación entre los elementos del sistema. Nos referimos a los sistemas dinámicos, capaces de evolucionar en el tiempo, y especialmente a los sistemas dinámicos no lineales, estudiados por la complejidad como objeto canónico.

¹⁶ Reynoso sostiene: “Aunque alguna vez se la consideró autosuficiente y definitiva, la medida de la información sólo da cuenta del valor de una variable en algún lugar del circuito. Edgar Morin lo consideraría un concepto-problema, antes que un concepto-solución, y no una noción terminal sino un punto de partida (Morin 1974: 280-281). Yo no creo que sea un problema; es un factor que es mensurable cuando circula linealmente por un canal; un factor que, cuando se desvinculó de la idea de significado a la que el sentido común se empeña en asociarlo, dio lugar a una teoría que hizo posibles a todas las restantes.” (Reynoso, 2006:22)

Además, las teorías sobre sistemas complejos estudian un fenómeno particular que es su capacidad de auto-organización, o de emergencia, -capacidad que no es, por supuesto, unívocamente descripta y no está exenta de disputas-. Reynoso advierte, por ejemplo, que existe gran distinción entre la noción de “auto-organización” y la de “auto-poiesis”, que suelen ser usadas como sinónimos pero que responden a líneas de investigación fundamentalmente incompatibles. Este tipo de disputas, más la dificultad teórico-práctica del objeto de estudio seleccionado, complican la indagación sobre la noción de información y su aplicación en teorías contemporáneas como las de la complejidad. Por otra parte, la problemática elegida añade otra dificultad: las teorías de la complejidad han sido definidas como un “nuevo paradigma”, por lo que se confunden en ellas las nociones interiores a sus dominios teóricos y aplicaciones prácticas, con las elaboraciones meta-científicas de la historia del pensamiento¹⁷.

Lo que nos interesa señalar, con la mención al paradigma de la complejidad en el que la problemática de la organización tiene cabal importancia, es que la teoría de la individuación de Gilbert Simondon y su abordaje de la problemática ontogenética posibilitada por la operación de información, puede ser considerada como uno de los antecedentes de este paradigma. En la obra mencionada, Reynoso señala como “la prehistoria de la complejidad”, algunas teorías que construyen el campo en el que surgen las preguntas para las que las nuevas ciencias son la respuesta. Las mismas comprenden los primeros desarrollos sobre sistemas complejos, que si bien comparten cierto “aire de familia”, en muchos puntos son incompatibles entre sí. Estas teorías son usualmente denominadas “primera sistémica” y entre ellas se encuentran: la cibernética, propuesta por Norbert Wiener hacia 1942; la teoría general de sistemas, desarrollada por Ludwig von Bertalanffy hacia la misma época, pero difundida mayormente entre 1950 y 1970; la teoría de las estructuras disipativas -o de los sistemas alejados del equilibrio- promovida por el Premio Nobel Ilya Prigogine desde principios de la década de 1960, - continuada por la llamada cibernética de segundo orden, de Heinz von Foerster, la cibernética conversacional de Gordon Pask, la autopoiesis de Humberto

¹⁷ En este sentido, Reynoso realiza una salvedad que nos parece pertinente: “la complejidad no es en sentido estricto un atributo ontológico propio del fenómeno que se estudia, sino una escala inherente al punto de vista que se adopta y a los conceptos que se usan” (Reynoso, 2006: 16) - conceptos relacionales tales como el de interacción, organización y emergencia-. Su preocupación es la de distinguir mapa y territorio, la de recordar que a menos que se adscriba a una concepción nominalista del lenguaje, no puede haber isomorfismo entre teoría y realidad que superponga efectos teóricos – como el de simplicidad o complejidad- con atributos ontológicos. Esta salvedad nos parece importante para evitar la utilización dogmática de los principios descubiertos por estas teorías, que pueden derivar en la reposición esencialista de conceptos que parcialmente novedosos, ocupen un lugar casi teocrático en el panteón de principios trascendentes. De todos modos, quizás la contracara del nominalismo, la creencia en la distancia insalvable entre el lenguaje y sus objetos, tampoco está exenta de problemas.

Maturana, la enacción y la neurofenomenología de Francisco Varela y el constructivismo de Ernst von Glasersfeld-; y finalmente, la teoría de catástrofes de René Thom, elaborada hacia 1970.

La primera sistémica constituye un conjunto de problemas que son en gran parte compartidos por Simondon, como veremos en los siguientes capítulos de esta investigación. Este autor por ejemplo, consideraba imprecisa la recepción de los postulados de la cibernética en Francia, especialmente a través de la obra de Raymond Ruyer, a la vez que proclamaba la necesidad de someter a la nueva ciencia-marco de la cibernética a una crítica filosófica rigurosa. Tan involucrado estaba en estas problemáticas, que organizó en el año 1962 un gran coloquio internacional en Royaumont sobre la noción de información. Allí reunió a Norbert Wiener con Lucien Goldmann, a Jean Hyppolite con André Lwoff -futuro Premio Nobel de Fisiología por sus investigaciones en biología molecular-, a Benoît Mandelbrot -teoría de los fractales-, con Abraham Moles, entre otros. (Rodríguez, 2016).

3.2. Fundamento común de la “primera sistémica”: la teoría de la información.

El fundamento común a las teorías consideradas como primera sistémica es la teoría de la información. Esta teoría en sí misma, explica Carlos Reynoso en el capítulo 2 de *Complejidad y Caos...*, no es de carácter sistémico sino estadístico¹⁸: versa sobre una dimensión cuantificable comprendida en un circuito de comunicación, cuyo esquema es difícil de asignar a un sólo autor dado que forma parte de numerosas teorías. Canónicamente, se considera que dicho esquema fue cristalizado en el modelo de Román Jakobson entre 1956 y 1969, quien clasificó mediante el mismo las funciones del lenguaje. Referida a ese conjunto originario, surge también la teoría de la información -o teoría matemática de la comunicación-, formulada por Claude Shannon en 1948. Se trata de una teoría vinculada con “el cálculo de probabilidades que relaciona las propiedades del canal de comunicación con el

¹⁸ Reynoso tipifica los cuatro modelos epistemológicos susceptibles de construirse en una ciencia empírica, tomando esta tipificación de Warren Weaver (1948). Dichos modelos son: mecánicos, interpretativos, sistémicos y estadísticos. Los primeros dos giran en torno a la simplicidad organizada y desorganizada respectivamente; mientras que los segundos modelan sistemas de complejidad, organizada el primero y desorganizada el segundo. (Reynoso, 2006: 12) Reynoso caracteriza los modelos mecánicos como aquellos que explican los mecanismos, factores o procesos que producen determinado estado de cosas. Los modelos estadísticos, en cambio, muestran regularidades o correlaciones entre diversas series de fenómenos, sin dar cuenta de sus causas. Finalmente, los modelos sistémicos estudian fenómenos o sistemas dinámicos: esto es, universos totales abiertos a su entorno, en los que acontecen procesos complejos e interacciones fuertes. Este tipo de modelos considera múltiples niveles -o escalas- en una misma representación. Un concepto clave de este enfoque es el de “sistema abierto”, que puede ser rastreado entre los postulados más antiguos de la teoría general de los sistemas de Bertalanffy (Bertalanffy, 1976:124).

código que rige la generación, transmisión y decodificación de las señales que componen un mensaje” (Reynoso, 2006: 19).

En síntesis, para esta teoría la información es “la medida de los grados de libertad que existen en una situación dada para escoger entre señales, símbolos, mensajes o pautas” (Reynoso, 2006: 19). De lo que se desprende que “la información mide, por definición el grado de organización de un sistema”, es decir, mide la cantidad de incertidumbre de un mensaje, en función de la probabilidad de aparición de los elementos que componen el código. Es por todo ello que para Reynoso, la noción de información no está vinculada con la dimensión del significado de los mensajes, puesto que la teoría explicada trata de un abordaje que analiza cuestiones tales como las formas más óptimas de codificación o la cantidad de redundancia que hay que introducir para compensar el ruido, sin considerar ninguna dimensión psicológica: “El concepto de información es físico y no psicológico” (Reynoso, 2006: 19).

Ahora bien, el concepto de información se empezó a utilizar en el estudio sobre sistemas cuyas dinámicas no llevan necesariamente de una mayor a una menor organización, es decir que no se degradan a la manera de una transformación termodinámica que tiende al estado de equilibrio final. El caso paradigmático de estos estudios es el de los sistemas vivientes¹⁹. Esta asociación entre información y organización es uno de los puntos en los que se bifurcan las interpretaciones respecto del problema de la entropía. Dicha noción, según la definición de Clausius de 1865, corresponde a una magnitud entendida como desorden, desorganización o aleatoriedad de un sistema. En este sentido, algunos autores interpretan que la entropía es exactamente inversa a la magnitud información, desde el punto de vista de las ecuaciones que la describen. Tal es el caso de Leo Szilard (1929), de Léon Brillouin –quien utilizaba para la información el concepto de “neguentropía”- y de Ernest Schrödinger (1933) – quien la denominaba “entropía negativa”-.

Sin embargo, el vínculo entre información y entropía no fue unívocamente interpretado en este sentido. Otros autores, siguiendo a Warren Weaver, equiparan ambas categorías: conciben la información como una medida de desorganización. Tal es el caso de Ross Ashby,

¹⁹ Por ejemplo Wiener escribe en *The human use of human beings*: “La información, que acarrea mensajes es una medida de organización. De hecho, es posible interpretar la información llevada por un mensaje, como esencialmente el aspecto negativo de su entropía, y el logaritmo negativo de su probabilidad”. (Wiener, 1989, pág. 21). Y también: “Cierta tipo de máquinas y ciertos organismos vivientes – particularmente los más complejos- pueden, como hemos visto, modificar sus patrones de comportamiento sobre las bases de la experiencia pasada, para así lograr cierta finalidad antientrópica.” (Wiener, 1989, pág. 48) (traducción propia).

Lévi-Strauss y Claude Shannon.²⁰ La distinción entre estas interpretaciones inversas de la noción de información, es importante para nuestra investigación en torno al pensamiento de Simondon. Su posición al respecto es difícil de estimar: por un lado, Simondon parece adherir a la concepción de Wiener dictaminando la función neguentrópica de la información, al tiempo que mantiene algunos aspectos de la interpretación de Shannon y Weaver. Por razones de brevedad, a continuación realizaremos el análisis de la noción de información que postula nuestro autor desde el punto de vista del problema de su probabilidad de aparición.

3.3. Dos sentidos de la noción de información respecto de su posibilidad de aparición.

En la conferencia pronunciada en la Sociedad Francesa de Filosofía de 1960 -titulada *Forma Información, potenciales-*, Simondon releva la noción de forma que ha sido utilizada en paradigmas arquetípicos como el platónico, o hilemórficos como el aristotélico, e incluso en estudios que han integrado estas dos perspectivas, como la *gestaltheorie*²¹. Concluye que utilizar dicha noción como punto de partida para captar al individuo es insuficiente por distintas razones. Principalmente, señala que la noción de forma implica un modo de regularidad absoluta -de rol funcional constante-, que supone una dualidad de base entre dos tipos de realidad: por un lado, la realidad que recibe la forma y por el otro, aquella que es la forma o encierra la forma. Sostiene que la forma...

...“Inmanente o trascendente, anterior a la adquisición de forma o contemporánea de dicha operación, conserva su privilegio de superioridad por relación a la materia o a los elementos, lo que constituye el fundamento de toda teoría de la forma, arquetípica, hilemórfica o gestáltica, es la asimetría cualitativa, funcional y jerárquica entre la Forma y lo que adquiere forma.” (Simondon, 2015: 482).

²⁰ Para comprender estas tendencias contrapuestas, recomendamos la lectura de la obra de Katherine Hayles *Chaos Bond*. (Hayles 1993: 53-86).

²¹ Simondon afirma: “La psicología de la forma tiene un valor ejemplar, ya que buscó reunir la forma aristotélica y la forma platónica para interpretar los procesos de interacción, pero tiene un defecto fundamental, puesto que presenta procesos de degradación como procesos de génesis de buena forma. ¿Sería posible, desde entonces apelar a una teoría de la información para enriquecer y para corregir la noción de forma tal como nos es presentada por la teoría de la forma? ¿Sería posible apelar a la teoría de Shannon, de Fischer, de Hartley, de Norbert Wiener? Lo que hay de común a todos los autores que fundaron la teoría de la información, es que para ellos la información corresponde a lo inverso de una probabilidad; la información intercambiada entre dos sistemas, entre un emisor y un receptor, es nula cuando el estado del objeto sobre el cual uno debe ser informado es totalmente previsible, absolutamente determinado de antemano (Simondon, 2015: 496-497).

La teoría de la forma, “privilegia en efecto la simplicidad y la pregnancia de las formas” (Simondon, 2009: 354), por lo que la buena forma será aquella que cuanto más simple y más regular sea, más posibilidades tiene de ofrecer un equilibrio estable. Es por ello que si la teoría de la individuación como operación ontogenética quiere dar cuenta de un sistema que no deviene en regularidad absoluta –lo cual implicaría ausencia de transformaciones posibles– debe ligarse a la noción de información. Es esta noción la que le permite arribar a una vía de investigación con el propósito de encontrar una axiomática común a los sistemas en donde ocurre una ontogénesis, dado que constituye una teoría de los intercambios de forma. Sin embargo, habrá que comprender en qué sentido entiende nuestro autor la noción de información. En MEOT Simondon afirma:

“Se puede decir que la forma, concebida como regularidad absoluta, tanto espacial como temporal, no es una información, sino una condición de la información; es lo que recibe la información, el *a priori* que recibe la información. La forma tiene una función de selectividad. Pero la información no es ni la forma ni un conjunto de formas, es la variabilidad de las formas, el aporte de una variación en relación un con una forma. Es la imprevisibilidad de una variación de forma, no la pura imprevisibilidad de toda variación. Nos veríamos entonces llevados a distinguir tres términos: el azar, la forma y la información” (Simondon, 2008: 154).

Es en este sentido que Simondon “introduce la problemática de la forma en el seno de la discusión sobre los estados probables sobre los cuales puede decirse que hay o no información (...)” (Blanco-Rodríguez, 2015: 98), articulación que hará posible su teoría de la individuación en sentido ontogenético. La información, en líneas generales, es para Simondon “la operación de una cosa que llega a un sistema y produce allí una transformación” (Simondon, 2016: 139). No corresponde ni a una sustancia –los caracteres internos de una estructura– ni a una mera probabilidad o posibilidad lógica²², por lo que no puede definirse más allá de ese acto de incidencia transformadora y de la operación de recepción que la produce.

Simondon toma un aspecto de la concepción de Wiener, que vincula la información con lo que se opone a la degradación de la energía, esto es, al aumento de la entropía de un sistema:

“Así, la información, en la transmisión de un mensaje, es lo que se opone al nivelamiento general de la energía modulada por la señal; es lo que hace posible distinguir en la transmisión

²² En MEOT Simondon sostiene: “La posibilidad lógica no es más que el reflejo debilitado de la verdadera virtualidad de la *φύσις*, captada y aprehendida en su distinción respecto del gesto humano, cuando falla la intención técnica. (...) la falla de la acción técnica hace descubrir el correspondiente subjetivo de esta virtualidad, a saber lo posible como optativo;” (Simondon, 2008: 220).

en alfabeto Morse, el momento en que la corriente pasa del momento en que la corriente no pasa” (Simondon, 2009: 328).

La señal de información por lo dicho, es la decisión entre estados posibles y la “cantidad de información que puede ser transmitida o registrada por un sistema es proporcional al número de decisiones significativas que ese sistema puede transmitir o registrar.” (Simondon, 2009: 329) La señal de información es entonces en un primer sentido, la oposición a la degradación de un sistema, lo que no se dirige a un previsible de estabilidad. Recorta lo previsible, y puede cuantificarse como una medida de incertidumbre.

Sin embargo, en el segundo sentido, la información ligada a la noción de forma descripta anteriormente, es aquello que implica regularidad y retorno periódico -previsibilidad- en la medida en que es recibida por un dispositivo que posee su propio funcionamiento, y que debe por tanto integrar la señal de información en sí mismo:

“La señal de información no es aquello a transmitir, sin deterioro causado por el ruido de fondo y los demás aspectos de azar y de degradación de energía; es también aquello que debe ser recibido, es decir lo que debe adoptar una significación, tener una eficacia para un conjunto que posee un funcionamiento propio” (Simondon, 2009: 330).

Por lo dicho, “la información se liga así con una semántica” (Blanco-Rodríguez, 2015: 98). Pero no en un sentido psicológico como el que preocupa a Reynoso, sino en un sentido funcional, porque la significación es requerida incluso cuando el receptor es un sistema técnico. De este modo, es el receptor quien en función de sus potencialidades forma sistema con la señal, dando lugar a la operación de información. Si la señal es del todo imprevisible para el receptor, no puede darse la operación de información, porque este último no cuenta con formas previas en relación con las cuales dicha señal es significativa: como señalábamos anteriormente, la información para Simondon es una variación entre formas, y no una variación infinita, sin restricciones.

Otra razón por la cual esta concepción “semántica” de la información no implica un sentido psicológico, es la que la misma no acontece únicamente a partir de un emisor individualizado y organizado: “algunos impulsos provenientes de un fenómeno de azar pueden activar un receptor determinado tan bien como si provinieran de un emisor (la señal, perturbadora, el ruido, la interferencia)” (Simondon, 2016: 139). Es entonces la metaestabilidad del receptor, es decir, la realidad local modificada en su devenir por la realidad incidente, la que constituye la condición de información y su eficacia.

La metaestabilidad del receptor es además la que mantiene la autonomía energética de un sistema, permitiéndole modificarse sin acoplamiento reversible con otro sistema, en cuyo caso la entrada de la información sería también la salida efectora. Hay, entonces, heteronomía del receptor respecto de la incidencia de información, -la causa que origina las transformaciones- y autonomía energética respecto de la energía de estado –potenciales- que asegura las transformaciones. En este sentido puede decirse que el receptor es un cuasi-sistema²³ que instituye una relación distinta al acoplamiento reversible entre la realidad incidente y la realidad local, lo cual mantiene la distinción funcional entre la entrada y la salida –es decir entre un sistema y otro-. Entrada y salida antes que ser una distinción organológica, son los términos extremos de una transformación irreversible, el sentido de la operación de información:

“(…) siendo la entrada la operación de información por incidencia en una realidad en estado metaestable, siendo la salida el efecto producido al término de la transformación de la energía potencial de dicho estado metaestable desencadenada por la incidencia de información” (Simondon, 2016:141)

3.4. Información y amplificación.

La integración de estos dos sentidos de información para Simondon, coincide con la teoría de la individuación, en la medida en que ésta implica una modificación del ser a partir de la cual se enriquece una problemática: la individuación “es aparición de información en el interior del sistema del ser” (Simondon, 2009: 490)

Ahora bien, la información es ontogenética en la medida en que se trata de una operación “amplificante”. Dicha noción puede ser entendida como la propagación de una actividad en un determinado dominio del ser que instituye un cambio de régimen del sistema. En el Coloquio de Rouyamount de 1962, Simondon dicta una conferencia –API- en la que distingue tres tipos de operación amplificante que veremos a continuación. En el resumen de las Actas de dicho Coloquio, el autor afirma:

“Estos tres modos suministran paradigmas que permiten interpretar situaciones complejas. Tienen en común la condición primordial de todo proceso de información: la existencia previa de

²³ Simondon no utiliza la noción de “sistema abierto” de Bertalanffy, sino que prefiere la de cuasi-sistema. Lo afirma explícitamente en la conferencia de Royamount citada (Simondon, 2016: 149).

un estado metaestable y de un semisistema que puede recibir eficazmente una señal incidente que modifica el equilibrio del sistema rico en energía potencial.” (Heredia, 2017: 33)²⁴

3.4.1. La amplificación transductiva.

Por lo dicho hasta aquí, la información consistirá una operación que relaciona forma y materia, vinculando tanto la imprevisibilidad de la aparición de forma como herramienta de medida -como indica la teoría matemática de la información de Shannon- con las posibilidades radicadas en la materia de recibir tal información. Estas posibilidades, sin embargo, no son de orden estadístico, sino que están dadas por la repartición de potenciales en la materia, es decir, su posibilidad de transformación entre distintos estados de equilibrio. Según Simondon, un sistema contiene energía potencial en la medida en que no está en su estado de mayor equilibrio pese a que comporte relativa estabilidad²⁵. Nuestro autor toma este tipo de equilibrio de los estudios sobre los fenómenos de cristalización, en los que se constata el denominado equilibrio metaestable, para el que las nociones de estabilidad/inestabilidad corresponden tan sólo a casos límite. La amplificación más elemental que permita la información, es la amplificación transductiva que permite, por ejemplo la individuación física descrita en el inciso 2.2 de la Parte I. Simondon sostiene:

“El modo más elemental de la operación de información que pone en acción la metaestabilidad del receptor es la amplificación transductiva. Se la encuentra en particular en las soluciones sobresaturadas o en los líquidos en estado de sobrefusión” (Simondon, 2016: 143).

En este caso, las soluciones mencionadas en estado metaestable constituyen el receptor mientras que la llegada de un germen cristalino constituye una incidencia de información. Esta incidencia puede pensarse como “entrada”, que desencadena un cambio de estado que hace pasar al receptor de estado metaestable a estable. Se trata de un tipo de propagación indefinida: “cada capa del cristal ya constituido sirve de señal para la solución sobresaturada inmediatamente vecina, y la lleva a cristalizarse” (Simondon, 2016: 144). En este tipo de amplificación, la función entrada y la función salida se relevan y propagan de manera

²⁴ La cita precedente corresponde a la traducción que realiza Juan Manuel Heredia de las Actas editadas en 1965 del Coloquio en el que Simondon pronunció la referida conferencia. Se trata de un resumen, dado que la conferencia completa recién fue publicada en 2010 (Heredia, 2017: 33).

²⁵ "Un cuerpo en el cual todas las moléculas poseyeran la misma cantidad de energía bajo forma de agitación térmica no poseería ninguna cantidad de energía térmica potencial; en efecto, el cuerpo habría alcanzado así su estado más estable. Por el contrario, un cuerpo que poseyera la misma cantidad total de calor, pero de manera tal que hubiera una región moléculas a una temperatura más alta y en otra región moléculas a una temperatura más baja, poseería una cierta cantidad de energía térmica potencial". (Simondon, 2009: 91) Se trata en efecto, de un fenómeno de polarización, y puede darse en un cuerpo estructurado tanto como en un campo energético.

indefinida, reclutando progresivamente toda la energía potencial de la solución primitiva hasta la estabilidad final.

Otros ejemplos de este tipo de amplificación son: la propagación del influjo nervioso, un aspecto de los fenómenos psicosociales y la combustión en un cordón de Bickford (Simondon, 2016: 145). Hemos tomado estos ejemplos de la conferencia API de 1962, pero se encuentran diseminados por toda su obra. En síntesis, lo esencial en este tipo de amplificación, es que la incidencia de información desencadena una operación por iteración o amplificación indefinida a lo largo del receptor, esto es: actualiza las potencialidades propias de dicha polarización, y provoca el pasaje del receptor del estado metaestable al estado estable, lo cual a su vez lo convierte en emisor dando lugar al fenómeno de propagación.

3.4.2. La amplificación moduladora:

Sin embargo, este tipo de amplificación no es el único posible, sino que constituye la raíz de otras operaciones de información. Para pensar la información en la transmisión de mensajes, Simondon incluye la noción de amplificación moduladora, que actúa como inhibidor de la transducción indefinida, ralentizando el pasaje de la incidencia de información hacia la estabilidad total. Esto es posible porque el lugar del pasaje en un modulador es el de un puesto fijo, alimentado por una energía que es ahora exterior y que forma un cuasi-sistema con el modulador. Simondon utiliza como ejemplo de modulador el funcionamiento de un relé amplificador²⁶, en este caso un transistor, que interpone una entrada con poder de control –puede ser por elección entre dos valores- entre la alimentación del circuito y el efector de salida. Con una energía débil incidente, la línea base del transistor tiene la capacidad de modular la transferencia de una corriente mucho más fuerte.

Así, la modulación “no es una propagación auto-condicionada, sino una operación de puesto fijo” (Simondon, 2016: 159) que disminuye el rendimiento de la transformación posible de las energías locales amplificando la energía incidente al poner ambas en relación de equivalencia:

²⁶ El término técnico “relé” puede ser traducido como “relevo”. Existen distintos tipos de relé, pero nos hemos limitado a utilizar como ejemplo el transistor.

“El modulado es amplificador sin iteración o proceso de multiplicación ya que pone en juego una relación entre términos extremos de una serie energética incidente y de una serie local, realizando en un espacio privilegiado una equivalencia entre dichos términos extremos” (Simondon, 2016: 150).

Por lo dicho, la información, desde el punto de vista de la transmisión de mensajes, ya no puede ser considerada como un código dado de antemano, independiente del soporte en el cual se realiza, sino que debe ser entendida como un tipo de relación en la que emisor y receptor se comunican energéticamente según la operación transductiva, y que a su vez se autorregulan según la operación de control que ejerce la estructura moduladora, destinada a evitar la variación indefinida. En los sistemas biológicos, la homeostasis puede ser considerada una modulación de este tipo, porque en ella el ser vivo en tanto receptor, tiende al equilibrio metabólico.

3.4.3. La amplificación organizante.

Finalmente, cuando el control es ejercido por más de una estructura, es decir por una cierta tensión entre varias estructuras, existe posibilidad de organización. Este es el último tipo de amplificación, que implica un régimen común entre transducción y modulación en el que “cada decisión sucesiva toma en cuenta el efecto de las decisiones precedentes” (Simondon, 2016: 155). Aquí, las etapas sucesivas de adquisición de forma, se vuelven significativas las unas para las otras, desde el punto de vista de la totalidad de su encadenamiento. Este tipo de amplificación es el que se da, por ejemplo, en los actos de invención organizadora, que tienen la fecundidad de procesos asociativos –capaces de crear estructuras a partir de un medio homogéneo metaestable- y la capacidad formalizante de la modulación – abstracción y generalización que aplican esquemas adquiridos a contenidos nuevos-.

Se añade así la determinación de cierta autonomía funcional, que permite al sistema en cuestión conservar o aumentar su organización. Ya no podemos comprender la información como buena forma –utilizando la noción de equilibrio y regularidad que viene con ella- porque un sistema en el que acontece una amplificación organizante no tiende a un aplacamiento de sus tensiones internas, lo cual constituiría un empobrecimiento o una relajación que hace imposible la aparición de la ontogénesis. Este sería el caso si la homeostasis fuera el único régimen de intercambio de los seres vivos con el medio.

Nos encontramos en este punto, nuevamente con la noción de individuación, que emparentada con el tipo de información resultante de este tipo de amplificación permite, por ejemplo, el desarrollo y crecimiento de los individuos vivientes. A diferencia de los individuos físicos, los seres vivos ralentizan su trayecto a la estabilización según una construcción progresiva de formas cada vez más elaboradas: es decir según la compatibilización de incidencias nuevas de información con la información ya estructurada, mediante la invención de estructuras mayores.

4. Parte III. Cultura, técnica y equilibrio.

4.1. Geopolítica de la información: imperativo de la conectividad.

Desde un punto de vista geopolítico, la aparición de las tecnologías de la telecomunicación que definen nuestra era respondieron a necesidades coyunturales puntuales que algunos países tenían en la medida en que se disputaban el control del mundo durante la Guerra Fría. Tal es el caso de la red Internet que fue diseñada en los años '60, con el principal objetivo de buscar una estructura de la información que pudiera resistir los riesgos de un ataque nuclear. Su impulsor fue el Ejército norteamericano que buscaba distribuir y proteger la información valiosa para su país de un posible ataque soviético.

Según Pablo Rodríguez, “Los estrategas y técnicos norteamericanos se pusieron a pensar cuál era la manera de evitar que un primer bombardeo de la Unión Soviética hiciera colapsar los sistemas de comunicaciones de su país, haciendo inviable la respuesta militar a la agresión.” (Rodríguez, 2012: 80) El resultado fue el primer antecedente de la Red como la conocemos ahora, ARPANet, surgida en el seno de la agencia militar *Advance Research Projects Agency*. ARPANet consistía en una red en la que ningún nodo poseía más conexiones que otro, por lo que si alguna de las instalaciones que la sostenían se veía comprometida en un ataque, la pérdida de información no sería crítica para el gobierno de los Estados Unidos.

El nacimiento de la red Internet como la conocemos ahora, responde también a un pedido del Pentágono. Un profesor de la Universidad de California que trabajaba para la agencia gubernamental DAPRA, Vinton Cerf, creó un protocolo que hizo posible conectar cada computadora a la red y cada red a una red de redes llamada Internet. Las investigaciones llevaron al diseño del conjunto de protocolos que hoy son conocidos como TCP/IP -

Transmission Control Protocol/Internet Protocol-. Según palabras de Ignacio Ramonet, Cerf había descubierto que las computadoras al igual que los humanos son de naturaleza gregaria, por lo que resultan más efectivas si trabajan conectadas (Ramonet, Secara, 1998:161). Finalmente en 1989, el investigador británico Tim Berners-Lee que trabajaba para el CERN – Organización Europea para la Investigación Nuclear-, logró desarrollar un protocolo de transferencia de Hipertexto conocido como HTTP/HTLM que presentó formalmente como *World Wide Web* en 1991.

El impacto de estas nuevas tecnologías no tardó en suscitar análisis de tinte geopolítico que denotaban preocupación por los destinos de la economía y de la soberanía de los países, incluso antes de que las mismas adquirieran carácter masivo. Tal es caso de las advertencias realizadas por el matemático Norbert Wiener, el mencionado padre de la cibernética. Las investigaciones de Wiener durante la Segunda Guerra Mundial estaban orientadas a estudiar la trayectoria de misiles antiaéreos para la Armada de los Estados Unidos. Sin embargo finalizada la guerra, Wiener se negó a seguir aceptando financiación estatal y comenzó un periplo solitario en el que publicó artículos y libros interrogándose por la aplicación e impacto de sus descubrimientos en la sociedad.

Sus preocupaciones se orquestaban en torno a la optimización y auto-estabilización de la sociedad en progreso. Tenían la intención de evitar conflictos o bloqueos y alivianar “voces rígidas”, como la de las religiones y en particular las de los gobiernos (Simondon, 2017:190). Wiener consideraba problemática, entre otras cuestiones, la relación futura entre capital/trabajo, frente a las transformaciones de la era de la información -con sus automatismos y robótica incipiente-. Su compromiso era tal, que llegó a enviarle una carta a la dirigencia de la AFL-CIO –la principal central gremial norteamericana- “pidiendo una entrevista urgente para explicarles cómo los descubrimientos de la cibernética iban a reemplazar a los trabajadores de las fábricas por los robots en un plazo de algunas décadas” (Simondon, 2016: 76). Esta carta nunca fue respondida.

Muchos pensadores de la época reaccionaron en un sentido parecido, buscando acompañar las innovaciones tecno-científicas con planteos éticos que aportaran herramientas para su control y manejo. Libros como *La Galaxia Gutenberg* (1962) de Marshall McLuhan o *La producción y distribución del conocimiento en los Estados Unidos*, de Fritz Machlup tematizaban directamente los cambios objetivos y subjetivos que tendrían lugar en hombres y sociedades en la nueva era de la información. Pero las reacciones no surgieron únicamente

entre pensadores aislados. Desde un punto de vista geopolítico, surgieron alianzas y proyectos que buscaban regularizar la influencia de las nuevas tecnologías, a fin de preservar la soberanía de los Estados y el derecho a la información de los ciudadanos. En los años '50 el Movimiento de Países No Alineados -NOAL-, que buscaba constituir una tercera posición frente a los dos polos hegemónicos pujantes en la incipiente Guerra Fría, “pugnaba por contrarrestar uno de los principales caballos de batalla norteamericanos: el *free flow of information*” -libre flujo de información- (Rodríguez, 2012: 78) .

En la actualidad, sumada la tecnología satelital, la telefonía celular, la posibilidad de codificarlo todo, el comercio de la *big data*, etc. el desbalance entre países desarrollados y países en vías de desarrollo no ha hecho más que crecer, pese a que desde un punto de vista cultural observamos un fenómeno de silicolonización del mundo en la que prevalece una concepción aparentemente surgida de buena fe tecnocrática. Según Éric Sadin, se cree que la técnica ha alcanzado un grado tal de sofisticación que “su naturaleza, de algún modo, ha transmutado” (Sadin, 2017: 99). Según esta tendencia, la técnica ya no agobia a los cuerpos como en el transcurso de la revolución industrial, ni beneficia sólo a las clases acaudaladas, sino que el poder de lo computacional responde “a la vitalidad orgánica de las sociedades al mismo tiempo que son garantes de un mundo mejor organizado y pacificado” (Sadin, 2017: 99).

En sintonía con esta tendencia tecnofílica encontramos en nuestra región autores como Jaime Durán Barba, que asignan a la tecnología la capacidad de mejorar la vida democrática de los países por sí misma. Este pensador y consultor político, afirma en su libro *La nueva política del siglo XXI*, que en la actualidad occidental “los celulares y el sentido común son una red de contención para impedir la brutalidad y la violencia” (Barba, Nieto, 2017: 209). Como otro ejemplo de esta tendencia, podemos mencionar las tesis del reconocido emprendedor y desarrollador tecnológico Santiago Siri, cuyas ideas son motivadas por el deseo de democratizar los mecanismos de representación de la democracia. Siri destaca la importancia de la comunidad *hacker* en lo que respecta a sus esfuerzos para desarrollar tecnología de “código abierto”, es decir tecnologías de acceso libre para cualquiera que desee implementarlas o mejorarlas (Siri:2015). Es por ello que sostiene la idea de que la alfabetización digital es indispensable para la democracia y el control de los actores monopólicos: la ciudadanía debe aprender a programar y no sólo a ser usuaria de la tecnología.

Sin embargo, anida en estas posiciones que podrían ser denominadas “teconofílicas”, la esperanza en que “ampliar el ancho de banda” del electorado en la toma de decisiones sería suficiente para la armonía de la comunidad. Lo que nos interesa señalar de esta actitud tecnofílica es que encubre la dificultad de la relación entre las voluntades individuales y el colectivo, olvidando que la posibilidad del consenso es un problema filosófico de larga data que no se resuelve simplemente al modificar exteriormente la tecnología en tanto útil. Ni la falta de desarrollo por parte de unos, ni el exceso de desarrollo por parte de quienes están en la cima de la jerarquía geopolítica, son las razones absolutas de las crisis provocadas por las nuevas tecnologías que nos proponemos analizar aquí. La teoría de la individuación, consideramos, ofrece elementos para pensar otro tipo de desequilibrios son anteriores a los desequilibrios geopolíticos y tecnológicos mencionados.

4.2. EL objeto técnico pudoroso.

La teoría de la individuación, específicamente la noción de información como amplificación organizante explicada en el capítulo 3.5 de la Parte II, es especialmente rica para pensar los fenómenos culturales y el estado de la cultura en relación a las técnicas en la era contemporánea. Para Simondon, es la filosofía la que tiene la capacidad de aportar a la cultura en general un esquematismo enriquecido, capaz de dar cuenta del sistema entre la vida simbólica y las aplicaciones concretas de la tecnología, ambos emergentes de la misma actividad del ser individuándose. Este esquematismo devolvería a la cultura su capacidad de adaptación inventiva, que dicho en los términos de la noción de información como la entiende Simondon, implica una autorregulación dada por una operación de información que posibilita transformaciones de complejidad creciente.

Simondon emprende esta tarea porque considera que existe una oposición estereotipada entre cultura –entendida como fuente de imágenes y arquetipos- y técnica –entendida como fundamento de “civilización”-. Esta oposición es en parte un desfase resultado de fenómenos de crisis causados por la rápida metamorfosis de las técnicas. En un curso titulado *Psicología de la tecnicidad*,²⁷ Simondon afirma:

“En los períodos en que las técnicas se modifican poco, hay adecuación del contenido cultural y del contenido técnico de una civilización. Pero cuando las técnicas se modifican, algunos de los

²⁷ Se trata de un curso dictado en Lyon entre 1960 y 1961, publicado en el *Bulletin de l'École pratique de psychologie et de pédagogie*, perteneciente al Instituto de la Universidad en los números de noviembre/diciembre de 1960, enero/febrero de y marzo/junio de 1961.

fenómenos humanos que constituyen una cultura se modifican menos velozmente y menos radicalmente que los objetos técnicos: las instituciones jurídicas, el lenguaje, las costumbres, los ritos religiosos se modifican menos velozmente que los objetos técnicos” (Simondon, 2017: 42).

En este sentido, la totalidad orgánica que constituía la cultura junto con las formas técnicas que le eran adecuadas, rompe su causalidad recíproca y proliferan entonces “realidades- símbolos parcialmente inestables” (Simondon, 2017: 43). Se constituye así

“(…) un pseudo-organismo de las formas de la cultura de evolución lenta que no pueden ser equilibradas sino por medio de formas técnicas que ya no existen, y un bloque de inercia débil de las técnicas nuevas, que parece falsamente liberado de toda significación cultural (…)” (Simondon, 2017: 43).

Dicho desfasaje entre técnica y cultura es concebido -como todo en la teoría de la individuación-, desde el centro activo del ser actual. Se trata de una realidad única y primitiva sometida a cierta génesis por medio de diferenciación, que en tanto no recubra su desacople con un cambio de estructura, no permitirá una nueva individuación. De este modo, “La cultura, disociada y en estado de crisis, se atrincheró en el campo reducido de la cultura y del arcaísmo abandonando a las técnicas a las fuerzas exteriores y al desorden” (Simondon, 2017: 44). Esta separación a su vez implica la escisión en la cultura entre aquellas disciplinas que se orientan mayormente por funciones de totalidad –por ejemplo, los estudios psicosociales- y las que se orientan por funciones de finalidad –los estudios empíricos-. Escisión que acrecienta todavía más la brecha a la hora de adquirir los simbolismos que realicen los acoplamientos necesarios para el surgimiento de esquematismos con la capacidad de afrontar las crisis en distintos ámbitos de lo humano.

De manera similar, en MEOT la concepción ontogenética de las relaciones entre cultura y técnica es explicada a través del concepto de génesis, postulado como “el proceso de individuación en su generalidad” (Simondon, 2008: 172). La génesis de la tecnicidad

“(…) quizás no sea sólo génesis de objetos, o incluso de la realidad técnica, sino que venga de más lejos y constituya un aspecto restringido de un proceso más vasto, que quizás continúe engendrando otras realidades después de haber hecho aparecer a los objetos técnicos”.

Así, la génesis de la tecnicidad -sus condiciones de aparición, su funcionamiento y aquella significatividad que de ella se desprenda- es equilibrada por otras génesis, anteriores, posteriores, o contemporáneas a los objetos técnicos. La hipótesis general que da cuerpo a la

crítica sobre la relación de la cultura con el objeto técnico, entonces, se apoya en la concepción simondoneana sobre el sentido del devenir: la relación del hombre con el mundo es considerada como un conjunto u organización que se comprende como sistema en el que se acoplan individuaciones dispares. En función de ello, Simondon sostiene que:

“La cultura está desequilibrada porque reconoce ciertos objetos, como el objeto estético, y le acuerda derecho de ciudadanía en el mundo de las significaciones, mientras rechaza otros objetos, y en particular los objetos técnicos, en el mundo sin estructura de lo que no posee significaciones, sino solamente un uso, una función útil” (Simondon, 2008: 32).

A partir de lo dicho, se perfila una problemática que para nosotros aún hoy no ha sido resuelta: la atribución de propiedades significativas o “creativas” a cierto tipo de productos y actividades colectivas que siguen siendo denominadas culturales; a esto se le opone la reducción de una populosa cantidad de productos y actividades que quedan del lado de lo útil, lo biológico, lo mecánico, etc. A continuación de la cita precedente afirma Simondon que el rechazo mencionado, promovido tal vez por una “cultura parcial”, deposita a aquellos que sí tienen contacto con el mundo técnico, en una relación sacra con el mismo, que culmina en cierta tecnocracia, tecnofanía o idolatrización de la máquina que podríamos vincular con la sintonía tecnocrática descrita en el capítulo anterior de esta investigación.

Por otra parte, la rápida metamorfosis de las técnicas causa desconcierto en los campos que son los principales encargados del cuidado de lo simbólico, provocando en muchos casos comportamientos y diagnósticos reactivos que pueden ser caracterizados mediante el concepto que Simondon denomina “tecnofobia” (Simondon, 2008). Esta actitud, opuesta a la descrita anteriormente, arroja al mundo de los objetos técnicos hacia una deriva desprovista de significación, a un destierro de la “ciudadela de la cultura” (Simondon, 2017:45). En este sentido, los objetos técnicos existen bajo la modalidad de un velo o disfraz que Simondon entiende como un “pudor obligatorio”, una necesidad de “culturalizarse” muchas veces en desmedro del desarrollo de su propia potencia técnica (Simondon, 2017:45).

La mencionada ambivalencia entre tecnocracia y tecnofobia es una de las razones que dificultan la estabilización de las sociedades en crisis, en la medida en que enturbia la posibilidad de que la vida en común resuelva las tensiones a la que es expuesta por la llegada de la nueva tecnología.

4.3. Patogénesis: una sintomatología del aturdimiento.

Sin embargo, el escenario cultural que describíamos en los apartados anteriores, con su desacople entre técnica y cultura, sus desequilibrios geopolíticos y sus tendencias hilemórficas que obscurecen la naturaleza ontogenética de la individuación, no parece demasiado propicio para que los individuos se orienten significativamente respecto del mundo de objetos que han ayudado a crear. La abrumadora simultaneidad y velocidad de las transformaciones que la tecno-ciencia trajo a los modos de vida de las sociedades, conlleva efectos²⁸ que podríamos denominar de “aturdimiento”. Los efectos se efectúan a sí mismos, se distinguen de los simples fenómenos en tanto que tienen poder de organización.

Entre estos efectos podemos ubicar la creciente atomización de los grupos sociales que parecieran aislarse discursivamente unos de otros en lo que en ciertos debates sobre el mundo de las redes sociales es llamado *eco chambers*²⁹. Esto es, pese a que las tecnologías de la información aumentaron exponencialmente las posibilidades de interacción entre los seres humanos, nada indica que haya aumentado también su capacidad de instituir comunidades. En el plano de lo político, por ejemplo, la ciudadanía afronta la proliferación de información y la irrupción del *software* como herramienta en las prácticas institucionales – estadísticas, propagandísticas, selectoras de votantes-, cuya modalidad de utilización es sintomatológica del desacople mencionado entre técnica y cultura. Se multiplican los puntos de vista y las variables en juego a la hora de intentar recortar un territorio, para tomar posición respecto de él: es decir, a la hora de poder orientarse el individuo significativamente respecto del colectivo.³⁰

²⁸ Juan Manuel Heredia traduce un pasaje de *Sur la psychologie* –aún no publicado en Argentina- en el que Simondon afirma que un efecto es “(...)un complejo de fenómeno y de funcionamiento; es algo que ocurre en condiciones determinadas pero que es como un núcleo de actividad, un nodo de funcionamientos organizados en unidad; es relativamente independiente del experimentador porque tiene una cierta estabilidad interna, se causa a sí mismo en cierta medida, definiendo un cierto régimen de actividad y de funcionamiento de un sistema; el efecto no es solamente resultado, tiene su individualidad y su consistencia; es coherente y tenaz cuando se inicia. Para producirse implica umbral, nivel, pero tiene el poder de organizar el sistema en el cual se produce una vez que surge. El efecto se efectúa a sí mismo, y por ello se distingue del simple fenómeno” (Heredia, 2017: 21).

²⁹ C. Thi Nguyen señala en su artículo *Echo Chambers and Epistemic Bubbles*: “De acuerdo con Jamieson y Capella, los miembros de una eco cámara -*echo chamber*- comparten creencias que incluyen razones para desconfiar de aquellos afuera de la cámara. Las eco cámaras trabajan asilando sistemáticamente a sus miembros de fuentes epistémicas exteriores (Jamieson and Capella 2008:163-236) (...)” (Nguyen, 2018: 2-3).

³⁰ El diagnóstico de esta imbricación político-técnica se completa aún más al observar el hecho de que la ciudadanía puede no interesarse en participar activamente de la vida política pero sin embargo la afecta o resulta afectado por ella. Principalmente, nos interesa destacar la creciente digitalización de la acción de los ciudadanos, que pasa a ser comercializada y dispuesta para utilizaciones varias por parte de una red tecno-humana que recopila datos. Esta red almacena información a la vez que advierte y resuelve qué datos son los que vale la pena recopilar estableciendo una especie de *feedback* selectivo. Lo relevante es que la red tecno-humana opera activamente sobre la vida colectiva, movida por procesos que se retroalimentan entre los individuos y forman nodos informacionales entre hombres datos y máquinas que afectan a la vida política, independientemente del grado de consciencia que se tenga sobre ello.

Si analizamos estos efectos desde la teoría de la individuación, podemos afirmar que el problema reside en que no *cualquier* interacción implica significación. La significación es operación de información e involucra el descubrimiento de una organización que complementa las tensiones incompatibles de los individuos entre sí, y con su propia carga de naturaleza, -la realidad preindividual que le acompaña en tanto sujeto en vías de individuación-. El escenario de aturdimiento cultural que en un primer momento describíamos, puede ser complejizado un poco más. En él, abunda un tipo de desorganización que no aporta potenciales, ni puede ser reconstruida en nuevas significaciones por una individuación transindividual. Esto se debe a lo que podemos entender, junto a Simondon, como una “patologización generalizada” que aparece cuando la comunicación –operación de información- entre sujetos está interrumpida. En ILFI Simondon sostiene que la patología mental existe al nivel de lo transindividual y aparece cuando “(...) la carga de naturaleza que está en el sujeto con el individuo no puede encontrar otras cargas de naturaleza en otros sujetos con los cuales podría formar un mundo transindividual de significaciones” (Simondon, 2009: 460-461).

La noción de patogénesis en este sentido, no puede ser rastreada ni en el estudio del individuo sólo ni en el estudio de la integración social sola. No es el individuo sino el sujeto, que incluye al individuo y a su carga de realidad no individuada, el que entra en conflicto patológico consigo mismo y con el colectivo. Las chances de estabilidad entre sujeto y grupo tampoco estarán dadas por el individuo puro frente a sí mismo ni por su inserción en lo social empírico. Simondon sostiene que:

“La relación patológica con el otro es la que carece de significaciones, la que se disuelve en la neutralidad de las cosas y deja a la vida sin polaridad; el individuo se siente devenir entonces una realidad insular; abusivamente aplastado o falsamente vencedor y dominador, el sujeto busca ligar el ser individual con un mundo que pierde su significación; la relación transindividual de significación es reemplazada por la impotente relación del sujeto con objetos neutros, algunos de los cuales son sus semejantes” (Simondon, 2009: 461).

Esta patogénesis puede presentarse en las relaciones intersubjetivas, así como en los dominios del aprendizaje y el saber. Mediante la misma se empobrece el poder de plasticidad y la capacidad de adaptación inventiva que según Simondon, permite la adquisición de esquemas bien integrados que constituyen el verdadero *aprendizaje* del ser humano adulto (Simondon, 2017: 236). La vida inventiva es así sustituida por mitos inhibidores “incapaces

de reemplazar a una información actual” (Simondon, 2017: 236), en los que la locura, la violencia y las actitudes estereotipadas de defensa, son preponderantes.

El aprendizaje no patológico por el contrario, al instaurar una dimensión significativa, debe ser concebido en función de la noción de información en tanto amplificación organizante explicada en la Parte II de esta investigación. En la conferencia allí mencionada – FIP- Simondon indica que la teoría de la información –la de sus contemporáneos- no se puede aceptar en el dominio psico-social sin modificaciones, ya que el tipo de correlación que instaura su concepción neguentrópica, se mide en sentido probabilístico³¹ y postula una relación entre emisor y receptor en la que éste último se adecúa al primero. El traslado de esta concepción al dominio psicológico y sociológico contendría una paradoja, puesto que cuanto más estrecha sea la correlación entre emisor y receptor, es decir, cuanto mayor sea el aprendizaje, menor sería la cantidad de información.

Es por ello que Simondon postula por un lado la noción de “tensión de información” que sería “(...) la propiedad que posee un esquema de estructurar un dominio, de *propagarse* a través de él, de *ordenarlo*” (Simondon, 2015: 500). La tensión de información es aportada por un germen estructural y posee energía débil pero gran capacidad de modulación. Por otro lado, Simondon postula la noción de buena forma, que implica un complejo tenso. La buena forma “(...) se definiría así: *el hecho de aproximarse a la paradoja sin devenir una paradoja, de aproximarse a la contradicción sin devenir contradicción*” (Simondon, 2015: 499). La buena forma es energía contenida por el dominio “que va a recibir la forma, que va a adquirir una estructura” (Simondon, 2017: 500) y que se encuentra en equilibrio metaestable, es decir, encierra energía potencial.

Por lo dicho, para Simondon tanto el aprendizaje, como las relaciones significativas y la adaptación inventiva, convergen en la operación de información que implica tanto tensión de información como tensión de forma. Es en este sentido también, que Simondon piensa el progreso del conocimiento:

“Esta teoría se distinguiría del *innatismo realista* (ligado a la teoría arquetípica) y del *empirismo nominalista* (ligado a una teoría hilemórfica): el progreso del conocimiento sería efectivamente una formalización, pero no un empobrecimiento ni un alejamiento progresivo que abandone lo concreto sensorial: la formalización sería una adquisición de forma, consecutiva a

³¹ Sostiene Simondon en FIP: “Dicho de otro modo, habría que suministrar un término no probabilístico a la teoría de la información. Tal vez sería posible, y aquí reside el punto de partida de la tesis personal que quisiéramos presentar ahora-hablar de una cualidad de información o de una *tensión* de información”. (Simondon, 2015: 498)

una resolución de problema: señalaría el pasaje de un estado metaestable, a un estado estable del contenido de la representación. El descubrimiento de una *dimensión* organizadora del saber utiliza como índice positivo de organización estructural aquello que, en el contenido en estado metaestable, era precisamente el fundamento de la incompatibilidad (...). “Por tanto, el saber avanza *positivizando las incompatibilidades*, haciendo de ellas las bases y los criterios de un sistema más elevado del saber” (Simondon, 2015: 506).

4.4. *La physique est déjà éthique.*

En el libro primero de ILFI en el que aborda el estudio de la individuación física, Simondon señala que en pos de indicar el camino hacia una epistemología *allagmática* sin establecer una lógica que la defina de antemano, ha comenzado su estudio “derivando” dicha epistemología desde un paradigma tomado de la física en una actitud similar a la de los fisiólogos jónicos (Simondon, 2009: 130). Su vínculo con estos pensadores radica en que los mismos no admitían divorcio entre la física y el pensamiento reflexivo, es decir, buscaban en el conocimiento de la naturaleza física los únicos principios sólidos para la ética individual. Simondon en parte, adjudica el mencionado divorcio a la concepción arquetípica de Platón,³² en la que “el devenir permanece concebido como movimiento, y el movimiento como imperfección” (Simondon, 2009: 128); por otra parte, lo adjudica a la recuperación de la física que intenta Aristóteles, “preocupada por la clasificación más que por las medidas” (Simondon, 2009: 129). Casi inmediatamente a continuación, Simondon sostiene:

“A través de este trabajo queremos mostrar que el individuo puede hoy ser objeto de ciencia, y que la oposición afirmada por Sócrates entre la Física y el pensamiento reflexivo y normativo debe tocar a su fin.”

Para Simondon, física y ética están relacionadas, pero no porque los principios de una deriven linealmente de la otra. En un pasaje notable de ILFI, Simondon afirma:

“La física es ya ética. Los atomistas necesariamente definen su ética en su física cuando hacen del átomo un ser sustancial y limitado, que atraviesa sin alterarse las diferentes combinaciones. Lo compuesto posee un nivel de realidad inferior a los simple, y ese compuesto que es el hombre será sabio si conoce y acepta su propia limitación temporal, espacial y energética” (Simondon, 2009: 139).

³² Cabe señalar que a continuación de la afirmación citada, Simondon dice: “Sin embargo, a través de este amanecer infinito que es el pensamiento de Platón en el ocaso de su vida, puede adivinarse la búsqueda de un mixto real entre el ser y el devenir, sentido más bien que definido en el sentido de la ética: *immortalizarse en lo sensible*, por tanto también en el devenir” (Simondon, 2009: 128).

La intención ética en el caso de los atomistas, afirma, pone al verdadero individuo debajo del orden de magnitud del hombre. En un postulado simétrico, la doctrina estoica sitúa al verdadero individuo en el cosmos, por lo que lo concibe único y universal. Así, en ambos casos, “El individuo no es buscado en el orden de magnitud del ser humano, sino en los dos extremos de la escala de magnitudes concebibles” (Simondon, 2009: 141). Es por ello que para Simondon, la búsqueda del individuo físico en los antiguos es infecunda: está inclinada por motivos éticos hacia el descubrimiento de un absoluto sustancial. A continuación, Simondon sostiene que el cristianismo ha liberado a la física de su aspecto moral, habiendo ofrecido un fundamento no físico a la ética, aunque exacerbando su dimensión sustancial. En el siglo XIX, sin embargo, la vía de investigación que condujo a considerar la partícula elemental ligada a un campo logró librarse de este sustancialismo encubierto, dado que instituyó la posibilidad de medir en términos de variación de nivel energético, un cambio de estructura del edificio constituido por partículas en mutua relación. Esta vía de investigación, según Simondon, “concretiza de manera profunda lo que es la relación como equivalente al ser” (Simondon, 2009: 142). Es por ello que nociones como las de campo o equilibrio metaestable, son elegidas por nuestro autor como paradigmatismo para la construcción de la axiomática que propone.

En el libro III de ILFI, Simondon explica el desfasaje entre física y ética desde el punto de vista de la individuación psíquica. Allí, el autor sostiene que el divorcio entre acción y emoción, deriva en una ruptura irreconciliable entre el dominio de la ciencia y el dominio de la fe. Como afirmábamos en el capítulo 2.2 de esta investigación, la emoción juega un rol fundamental en la individuación psíquico-colectiva, dado que “se prolonga en el mundo bajo forma de acción como la acción se prolonga en el sujeto bajo forma de emoción” (Simondon, 2009: 376). Ambas dimensiones de la individuación, no son especies psíquicas o estados aislados, sino que constituyen una serie transductiva que nosotros captamos de manera abstracta en sus dos términos extremos, pero que debería ser capada como límite, como centro activo de relación entre el sujeto y el mundo:

“La ruptura entre la acción y la emoción crea la ciencia y la fe, que son dos existencias separadas, irreconciliables porque ya ninguna individuación puede reunir las, y ninguna serie transductiva puede ligarlas; (...). Ciencia y fe son los vestigios de una espiritualidad que ha fracasado y que parte al sujeto, lo opone a sí mismo en lugar de llevarlo a descubrir una significación según lo colectivo. La unidad espiritual consiste en esta relación transductiva entre la acción y la emoción; se podría llamar a esa relación sabiduría, a condición de no entender por

ello sabiduría humanista. Ni búsqueda de immanencia ni búsqueda de trascendencia, ni naturalismo ni teología pueden mostrar esta relación transductiva; es en su centro que el ser debe decidirse (...) (Simondon, 2009: 377).

Si se elimina el divorcio entre emoción y acción, por lo dicho, se eliminará también la distinción entre ciencia y fe, por lo que nada impediría que se comprenda que física y ética son dos dimensiones de la misma serie transductiva. Ahora bien, es en el sentido “espiritual” desarrollado en la cita precedente que Simondon propone la tarea que hemos mencionado en la introducción de esta investigación. Esta tarea invita a la filosofía a intentar llevar a cabo la convergencia entre los modos técnicos del pensamiento y la realidad de la cultura.

Movido por esta misma intención, en la tercera parte de MEOT Simondon lleva a cabo una génesis de la tecnicidad a partir de la cual “se atenuará la disparidad que existe entre técnicas y religión, perjudicial para la intención de síntesis reflexiva del saber y de la ética” (Simondon, 2008: 180). Allí, nuestro autor explica el desfasaje entre técnica y religión como una de las modalidades primarias en las que se ha desdoblado la relación del sujeto con el mundo, a partir de lo que llama “unidad mágica primitiva”, que implica reticulación compuesta de puntos-claves. El hombre en esta instancia, se encuentra ligado al universo experimentado como medio, dado que la unidad mágica primitiva “es la relación de vínculo vital entre el hombre y el mundo que define un universo a la vez subjetivo y objetivo anterior a toda distinción de sujeto y objeto (...)” (Simondon, 2008: 181). Por lo dicho, Simondon afirma: “El modo mágico de relación con el mundo no está desprovisto de organización: por el contrario, es rico en organización implícita, vinculada al hombre y al mundo” (Simondon, 2008: 173).

Sin embargo, a partir del momento en que las técnicas del hombre rompieron esta reticulación y consideraron al hombre mismo como materia técnica, “surgieron correlativamente un pensamiento que capta a los seres humanos considerados debajo de la unidad, (las técnicas de manipulación humana) y otro pensamiento que los capta por encima de nivel de unidad (los pensamientos políticos y sociales)” (Simondon, 2008: 231). Dicho de otra manera, una vez que los modos técnicos del pensamiento segregaron los objetos y los modos religiosos se ocuparon de la dimensión subjetiva del hombre, comenzó una serie de desdoblamientos que culminó comunicando los modos inductivos *-a posteriori-* del pensamiento científico, y los modos deductivos *-a priori-* de los pensamientos sociales y

políticos, que constituyen la continuidad de la modalidad religiosa. Es por ello que Simondon sostiene:

“Así, el pensamiento filosófico solo se puede constituir luego de haber agotado las posibilidades del conocimiento conceptual y del conocimiento por medio de la idea, es decir después de una toma de conciencia técnica, y una toma de conciencia religiosa de lo real; la filosofía adviene luego de la construcción técnica y de la experiencia religiosa y se define como capacidad de intuición en el intervalo que las separa. Técnica y religión son así los dos polos directores que suscitan la intuición filosófica de lo real (Simondon, 2008: 253).”

Ahora bien, en función de la tarea filosófica mencionada, una última consideración debe ser puntualizada. Si afirmamos junto a Simondon que la física es ya ética, queda indagar cuál es el sentido ético que adquiere y permite la teoría de la individuación con su axiomática construida a partir de un paradigmatismo físico. Para nuestro autor en los sistemas filosóficos generalmente, la ética se divide en dos caminos divergentes: los de la ética pura y la ética aplicada. Adjudica esta dualidad al hecho de que la sustancia es separada del devenir, por lo que el ser se comprende en tanto sustancia individuada. De este principio trascendente, surge una ética pura que preserva la sustancialidad del ser individuado y que impulsa a los hombres a realizarse en él. Esta ética apunta a la inmutabilidad del ser como estabilidad deseable para los hombres y es por ello que en tanto “(...) virtud contemplativa tiene eminentemente la necesidad de los mercaderes y de los locos (...)” (Simondon, 2009: 493), para obtener por contraste la “ilusión” de sustancialidad. Pero esta sustancialidad no es más que “(...) una contraexistencia, un antidevenir, y necesita que alrededor suyo la vida devenga para obtener por contraste la impresión de sustancialidad” (Simondon, 2009: 493).

El otro aspecto del desfasaje mencionado, contrapone a la ética pura una ética aplicada. Esta última sólo es práctica en oposición a la primera y utiliza los valores definidos por la ética pura. Sin embargo, constituye una ética del devenir y de la acción que se sitúa en el presente a cada vez, por lo que las normas que obtiene de su práctica se instauran en la exterioridad del ser individuado, dando nacimiento a una pluralidad normativa irreconciliable. Afirma Simondon:

“(...) la ética teórica es una nostalgia perpetua del ser individuado en su pureza, tanto como la ética práctica es una preparación siempre recomenzada para una ontogénesis diferida; ninguna de las dos capta y acompaña al ser en su individuación” (Simondon, 2009: 494).

Frente ello, Simondon considera que sustituyendo la estabilidad del absoluto incondicional del pensamiento sustancialista –cuyo principio es trascendente-, y la perpetua evolución de un relativo fluyente del pensamiento exteriorizante –principio inmanente- por la noción de información suministrada por la teoría de la individuación, quizás podrían obtenerse las bases para una ética que recubra el problema de este desfasaje. El concepto de información que implica la consideración de una serie sucesiva de equilibrios metaestables, permite postular las nociones de norma y valor como correlatos de un mismo sistema de individuación. Las normas, constituirían las líneas de coherencia interna de cada uno de esos equilibrios y los valores, “(...) las líneas según las cuales las estructuras de un sistema se traducen en estructuras del sistema que los reemplaza (...)” (Simondon, 2009: 494). En este sentido los valores pasan a través de las normas y pueden considerarse como lo preindividual de las mismas, dado que constituyen el campo polarizado que permite su transductividad. Los valores, en este sentido, son la capacidad de transporte amplificador contenida en el sistema de las normas, “son las normas llevadas al estado de información” (Simondon, 2009: 495). De este modo, la teoría de la individuación suministra una ética en la que:

“La tendencia a la eternidad deviene entonces la conciencia de lo relativo, que ya no es una voluntad de detener el devenir o de volver absoluto un origen y conceder un privilegio normativo a una estructura, sino el saber de la metaestabilidad de las normas, la conciencia del sentido de transferencia que tiene el individuo en tanto individuo” (Simondon, 2009: 495).

Por lo dicho, la ética es la exigencia según la cual existe correlación significativa entre las normas y los valores. Captar la ética exige que acompañemos la ontogénesis dado que,

“(...) la ética es el sentido de la individuación, el sentido de la sinergia de las individuaciones sucesivas. Es el sentido de la transductividad del devenir, sentido según el cual en cada acto reside a la vez el movimiento para ir más lejos y el esquema que se integrará a otros esquemas” (Simondon, 2009, 498).

5. Conclusiones.

*“La ética es la velocidad que nos conduce
lo más rápidamente posible a la ontología, es decir a la vida en el ser”*

Deleuze, G. *En medio de Spinoza.*

El objetivo de nuestra investigación implicaba analizar el concepto de organización en el pensamiento de Gilbert Simondon en función de la metodología conceptual propuesta por Koselleck -descrita en el inciso 1.2-. De acuerdo con el mismo, hemos indagado los tres campos problemáticos que considerábamos necesarios para la dilucidación de dicho concepto.

Las conclusiones parciales obtenidas son las siguientes:

En la Parte I señalamos las claves conceptuales para el estudio de nuestro tema en el marco de la teoría de la individuación. En el inciso 2.1 relevamos la perspectiva ontológica de nuestro autor, destacando la centralidad del concepto de ontogénesis. La individuación, en este sentido, constituye la marcha ontogenética del ser, posibilitada por la operación transductiva mediante la cual se desfasa afectándose a sí mismo; es decir, deviene en tanto ser. En este sistema polifásico, la transducción es uno de los modos en que se expresa la operación de información, que entendida como incidencia o acontecimiento, posibilita la relación entre individuos constituidos, es decir organizados, con el medio exterior y consigo mismos. Pero esta relación no es un juego aditivo de suma cero: posee siempre un exceso remanente. En virtud de este exceso, la organización de los individuos no constituye una estructura estable en todos los casos. Es la naturaleza preindividual, en tanto sistema tenso o magnitud continua, no organizada, la que polariza el fondo sobre el que los individuos se orientan y aporta los potenciales según los cuales la realidad organizada puede seguir organizándose.

En el inciso 2.2 señalamos las distintas modalidades de individuación descritas por Simondon, concluyendo que la aparición de un “relajamiento” de organización es condición de posibilidad para el advenimiento de una organización mayor. Afirmamos, por ejemplo, que el pasaje de la individuación viviente a la individuación psíquica-colectiva acontece como una ralentización dada en el momento en que la estabilización de la relación del ser vivo con el medio se ve obturada, esto es, en la medida en que éste ya no puede resolver las tensiones que se le presentan en el límite entre su medio interior y el medio exterior. El individuo viviente difiere su marcha a la estabilidad, incorporando mayor cantidad de tensiones, que pueden o bien destruirlo, o bien permitirle crecer.

Por lo dicho hasta aquí, concluimos que la noción de organización puede ser entendida como el señalamiento de un “estado de cosas”, de un esquematismo actual que se encuentra en vías de individuación. Puede asimilarse a la noción de ontogénesis, siempre que se tenga

presente que la misma se trata de un movimiento del ser que afectándose a sí mismo, se desfasa: Este desfasaje puede ser entendido como una desorganización en pos de una organización mayor, cuyo advenimiento no es ni necesario ni contingente, puesto que depende de la combinación de tres factores: la forma –que aporta regularidad e iteración- el azar –que aporta potenciales- y la información. En este sentido, el potencial organizador de cualquier realidad organizada, reside justamente en aquello que la acompaña en tanto medio desorganizado.

En el inciso 2.4, señalamos que toda invención es un descubrimiento de dimensiones organizadas allí donde se hallaban tensiones incompatibles, y que por lo tanto, la estabilización –aunque no definitiva- de un problema. Destacamos la importancia de la cultura como agente regulador de las relaciones entre los hombres, teniendo en cuenta el carácter modulador de los objetos creados. Todo objeto creado es resultado de una invención que se caracteriza por su transmisibilidad, es decir por su capacidad de amplificación. El objeto creado, afirmábamos, discontinúa simbolizaciones ya estructuradas, reemplazándolas por símbolos que resuelven tensiones incompatibles y que por lo tanto permiten el progreso, entendido como crecimiento de complejidad organizada. Los aspectos mencionados constituyen el carácter informacional del objeto creado.

El rol del hombre es allí el de organizador permanente, en la medida en que es “intérprete viviente de máquinas, unas en relación con las otras” (Simondon, 2008: 33). Este rol es posible gracias a que el carácter informativo de los objetos creados es *análogo* al carácter significativo de la individuación psíquico-colectiva. La incomprensión de esta analogía lleva a la caracterización de las dimensiones subjetiva y objetiva como opuestos irreconciliables. En consecuencia, dicha incomprensión actúa como germen de una ruptura entre los pensamientos orientados al hombre y los pensamientos orientados a la naturaleza: corresponde a una concepción hilemórfica en la que se obscurece la dimensión relacional necesaria para pensar un sistema en vías de individuación.

El punto clave de la mencionada analogía es la operación de información/significación que puede ser entendida como fuente y resultado de invención. Trasladado al plano epistemológico, esto último permite comprender la noción de concepto que propone Simondon: “el concepto es una nueva representación que instituye la compatibilidad nocional” (Simondon, 2008: 223). Es este además el carácter inventivo que se le puede aplicar a la génesis de los conceptos. Los conceptos no responden a un origen absoluto, ni

surgen en una dimensión aleatoria desprovista de contacto con la realidad. Lo que hace que la formación de conceptos sea posible es la tensión trans-perceptiva que pone en juego el sentido de la relación del sujeto con el mundo y consigo mismo. Esta tensión trans-perceptiva es posibilitada por ciertas relaciones de intensidad –de tensión de forma e información- entre individuo y medio.

En los incisos 3.1 y 3.2 de la Parte II, vimos cómo Simondon trabaja sobre una serie de problemáticas que corresponderán a lo que Reynoso llamó “la prehistoria de la complejidad”: un clima de época en el que se utiliza la noción de información como factor común en la consideración de distintos tipos de sistemas dinámicos. Simondon se integra en este debate desde un punto de vista filosófico que no tiene por objetivo el establecimiento de verdades metafísicas en un sentido trascendente, ni el “descubrimiento” de verdades nuevas en un sentido únicamente empírico. Lo que pretende, en realidad, es partir del estudio de las investigaciones que le son contemporáneas, para elaborar así una filosofía que aporte a la cultura en general un esquematismo enriquecido capaz de dar cuenta del sistema entre la vida simbólica y las aplicaciones concretas de la tecnología. Estas realidades son contemporáneas e interactúan en sistemas y subsistemas, es decir, son emergentes de la misma actividad del ser individuándose.

En el inciso 3.3 de la Parte mencionada, analizamos el punto de vista epistemológico de la noción de información que Simondon postula. Arribamos allí a la conclusión de que en esta convergen dos sentidos hasta el momento irreconciliables en torno al problema de la previsibilidad de la información. Por un lado Simondon toma de la cibernética y de la teoría matemática de la información, la noción de “neguentropía” según la cual la información es pensada como lo más imprevisible, como aquello inversamente proporcional a la degradación de la energía. Esta degradación es, como en el caso de la termodinámica, la tendencia de los sistemas a dirigirse a un equilibrio estable que es el más probable, por lo que la información constituiría un sistema que va en sentido inverso, acrecentando la inestabilidad del sistema. Por otro lado, Simondon toma de la *gestaltheorie*, y de otros estudios sobre la forma, la idea de que la información no puede ser completamente imprevisible, puesto que en tal caso no podría establecerse ninguna comunicación. Esta necesidad de cierta regularidad previsible de la forma en una operación de información, destaca la importancia del rol activo del receptor en los sistemas de comunicación.

De lo analizado en el inciso 3.4, destacamos la noción de amplificación organizante. La misma implica un régimen común entre transducción y modulación que constituyen los otros dos casos de amplificación que Simondon tipifica en API. Este régimen de amplificación podría ser postulado como la tendencia mayoritaria de la individuación psíquico-colectiva. La amplificación organizante acontece cuando el control de la información incidente es ejercido por más de una estructura, es decir por una cierta tensión entre varias estructuras. Aquí, las distintas etapas de adquisición de forma, se vuelven significativas las unas para las otras, desde el punto de vista de la totalidad de su encadenamiento. Un sistema en el que acontece una amplificación organizante no tiende únicamente a una disolución de sus tensiones internas, lo cual constituiría un empobrecimiento o una relajación que hace imposible la aparición de la ontogénesis, pero tampoco tiende a la variación fortuita.

Esta noción así descrita en API es posterior a ILFI y no aparece en ella directamente, lo que problematiza la conclusión señalada respecto del inciso 2.2: la organización puede ser considerada un estado de cosas actual, en un sistema en vías de individuación. Esta afirmación señalaría que todo individuo es un real organizado. Sin embargo, en la conferencia mencionada, Simondon afirma que “(...) existe posibilidad de organización cuando existe compatibilidad entre estos dos procesos [modulación y transducción] según un modo de *síntesis real*” (Simondon, 2016: 161). En este sentido, el autor pareciera indicar que solo la amplificación organizante arroja en sí misma una realidad organizada, por lo que un individuo físico como un átomo –producto únicamente de una amplificación transductiva– podría no ser susceptible de ser llamado organizado en sentido estricto.

Si bien dejaremos esta dificultad abierta para futuras investigaciones, por el momento consideramos que puede sortearse mediante la siguiente pregunta: ¿hay espacio en la teoría de la individuación para concebir cualquier proceso, ya sea transductivo o modulador, de manera aislada del proceso organizante del sistema de ser completo? Llevando esta inquietud un poco más lejos, podríamos afirmar que la concepción de individuación física como el proceso transductivo por excelencia, y la concepción de la individuación vital como el proceso modulador por excelencia, se sostienen justamente porque el ser completo es organizante, en el sentido de que es aquel cuya amplificación permite la combinatoria de estos dos procesos asimétricos. Si esta afirmación fuese acertada, nos permitiría sortear la dificultad mencionada mediante la siguiente conclusión: El carácter amplificador organizante de la ontogénesis, es equivalente al mismo carácter radicado en la realidad transindividual. De este modo, se entendería perfectamente la afirmación de Simondon en relación a la

espiritualidad como acceso al mundo transindividual de significaciones, que no es otra cosa que la recuperación de la reticulación entre el hombre y el mundo, como vimos en el inciso 4.4.

En el inciso 4.1 de la Parte III analizamos ciertos desequilibrios geopolíticos en relación a las técnicas. Concluimos que la asimetría entre quienes poseen y no poseen tecnología avanzada contribuye a las crisis posibles en determinadas regiones, pero que hay un tipo de crisis subyacente a la relación entre cultura y técnica que vale la pena examinar. En el inciso 4.2 por lo dicho, desarrollamos las ideas de Simondon en relación a los desequilibrios entre cultura y técnica. Explicitamos allí la tarea filosófica que el autor propone concerniente a compatibilizar el desacople entre cultura y técnica, a fin de que el pensamiento pueda volver a ser significativo y pueda orientarse en torno al mundo de objetos técnicos que ha ayudado a crear. En función de ello y a fin de comprender el concepto de significación, en el inciso 4.3 analizamos la noción de patogénesis propuesta por Simondon, que nos permite concluir lo siguiente: hay cierto tipo de comunicación que no aporta potencial organizador.

Finalmente, lo analizado en el inciso 4.4 nos permite concluir que el conocimiento es organizador en la medida en que constituye una relación de analogía, entendida como identidad de relaciones (Simondon, 2009: 154). Dicha identidad no se apoya sobre relaciones estructurales –semejanzas–, sino sobre identidad de relaciones operatorias –diferencias–:

“El método analógico supone que se puede conocer definiendo estructuras por las operaciones que las dinamizan, en lugar de conocer definiendo las operaciones por las estructuras entre las cuales se ejercen. La condición lógica del ejercicio de la analogía supone una condición ontológica de la relaciones entre estructura y operación” (Simondon, 2015: 474).

Es en función de esta noción de analogía que Simondon define la epistemología *allagmática*, cuyo “deber” es determinar la verdadera relación entre la estructura y la operación en el ser, en el estudio del individuo. En este sentido, la teoría *allagmática* introduce tanto a la teoría del saber como a la teoría de los valores. Se trata de una teoría “axiontológica”, puesto que “capta la reciprocidad entre el dinamismo axiológico y las estructuras ontológicas” (Simondon, 2015:478). Esta concepción enfatiza el aspecto dinámico operacional del individuo organizado, lo cual abona nuestra conclusión respecto a la importancia de vincular el pensamiento de Simondon con el paradigma de la complejidad.

Finalmente, las conclusiones parciales obtenidas de los tres campos analizados nos llevan a las siguientes conclusiones generales:

En primer lugar, la era de la información promueve un tipo de intervención de la tecnología en la vida del hombre que vuelve evidente que el progreso de la tecnología humana no es sólo una cuestión externa que se agrega a una cierta naturaleza inmutable a lo largo del tiempo: existen desplazamientos de toda índole que transforman dicha naturaleza sin dejar de ser ellos mismos procesos naturales³³. La organización entendida como un estado de cosas dinámico -ya sea a nivel biológico, político o cultural-, solo puede ser estudiada si se piensa no sólo desde el punto de vista del individuo, sino del sistema en el cual emerge y con el cual permanece integrado manteniendo cierto tipo de relaciones que a su vez lo modifican e instituyen.

Los desplazamientos mencionados, a la luz de la teoría de la individuación, deben ser considerados ontogenéticos, por lo que el diagnóstico dicotómico que surge del prejuicio de algunas ciencias humanas entre un mundo técnico instrumental “forzado” por el hombre y una naturaleza originaria que debe develarse, o protegerse, es deficiente a la hora de abordarlos. Es en este sentido que gran parte de la obra de Simondon está destinada a dirigir la atención de los estudios culturales hacia las investigaciones del ámbito científico y tecnológico. En consonancia con dicho pensador, consideramos que la filosofía de la cultura del siglo XXI debe incorporar el estudio de la realidad técnica desde el punto de vista de las operaciones simbólicas que vehiculiza: las tecnologías son algo más que pura instrumentalidad, son resultado de una acción integrada, que cristaliza en una estructura funcional el dinamismo de un esfuerzo simbólico y un esfuerzo de acción. El ser técnico “(...) invoca la comunicación de aquel que lo utiliza según su propio esquematismo: símbolo material abierto, establece una concordancia entre el dinamismo del constructor y el dinamismo del utilizador.” (Simondon, 2017: 237).

En este sentido, la filosofía de la cultura deberá trabajar en conjunto con una disciplina que sea capaz de aportar el aspecto complementario de las operaciones simbólicas, esto es, las estructuras funcionales desde el punto de vista de su concatenación epistemológica. Consideramos que la filosofía de la cultura podría encontrar su correlato en una disciplina

³³Como ejemplo de estos desplazamientos Paul B. Preciado menciona la nueva tecnología quirúrgica, que “pone en marcha procesos de construcción tectónica del cuerpo según los cuales los órganos, los tejidos, los fluidos y, en último término, las moléculas, se transforman en materias primas por medio de las cuales se fabrica una apariencia de naturaleza” (Preciado, 2017: 154).

como la bioética contemporánea, que tiene la capacidad de reunir diversos campos de las ciencias, según la consideración analógica de sus estructuras. Quizás mediante la reunión de estos campos de estudio, encontremos una vía para realizar la propuesta simondoneana de una epistemología *allagmática*, en la que “La operación es complemento ontológico se la estructura y la estructura el complemento ontológico de la operación” (Simondon, 2015: 470).

En segundo lugar, concluimos que este abordaje de la organización no implica un equilibrio estable sino que requiere de un correlato *desorganizado*. Esta afirmación es pertinente si lo que se intenta pensar es, por ejemplo, la organización política. La historia de los pensamientos políticos es un entramado compuesto por una superposición entre aspectos éticos, ontológicos y técnicos. La noción de organización puede ser tomada como punto de partida para dilucidar dicha superposición, dado que en ella se expresa el tipo de equilibrio con el que se concibe tanto la naturaleza como el mundo humano³⁴. En el caso de Simondon, dicho equilibrio no puede ser pensado de manera estable, por lo que cualquier institución que pretenda asfixiar verticalmente las transformaciones que surjan en su seno, es decir, que pretenda someterlas a una organización preconcebida, está destinada al fracaso. La organización política, en este sentido, debe incluir un componente inestable, esto es, desorganizado. Sin embargo, esta desorganización no es *cualquier* desorganización. Una institución que pretenda gobernar simplemente estableciendo correlaciones en una realidad que concibe como aleatoria, no realiza una amplificación organizante. La política, entonces, sería el sistema que correlaciona la inestabilidad de lo nuevo con la estabilidad de lo viejo: modula la propagación indefinida de la realidad naciente, mediante las estructuras de la realidad pasada.

El tipo de desorganización presente en la patogénesis descrita en el inciso 4.4, que denominábamos “aturdimiento generalizado”, tampoco aporta potencial organizador en sentido simondoneano. Para comprender este correlato desorganizado hay que tener en cuenta la distinción entre desadaptación y degradación que propone Simondon en FIP y que señalamos en el inciso 2.2 de la Parte I: hay procesos disruptivos “que no son estructurantes,

³⁴ En los casos en los que la *physis* es pensada como una estructura inteligible en términos de estabilidad, la noción de organización es caracterizada como perfección o ausencia de perturbación. La concepción política que se desprende de ella, busca instituir principios capaces de adecuarse y procurar dicha estabilidad. Esta concepción se observa en de la teoría de las ideas de Platón o en la teoría de la forma aristotélica, que instituyen casos paradigmáticos cuyos principios son recurrentes en distintas teorías políticas y científicas a lo largo de la historia. Un ejemplo de ello es el ideario moderno de naturaleza que tuvo lugar a partir de la dinámica newtoniana, cuyo correlato en teorías políticas encontramos en la propuesta de Thomas Hobbes.

sino solamente destructivos” (Simondon, 2015: 510). Por el contrario, la desadaptación al interior de un dominio no implica una degradación, se trata de un proceso de desdiferenciación al interior de un cuerpo social, o al interior de un individuo que entra en período de crisis. Esta desadaptación es condición necesaria para una adquisición de forma, supone retorno “a un estado comparable al del nacimiento, es decir retorno a un estado ricamente potencializado, todavía no determinado, dominio para la propagación nueva de la Vida” (Simondon, 2015: 511).

La distinción entre desadaptación que enriquece y degradación que destruye, puede ser pensada en relación la noción de ética descrita en el inciso 4.5. Afirmamos allí que la ética es para Simondon el sentido de la individuación, desde una concepción que no separa acción y emoción. Es por ello que para Simondon un acto libre o un acto moral “es el que posee la suficiente realidad para ir más allá de sí mismo y encontrar los demás actos” (Simondon, 2009: 499), es decir que tiene en sí mismo un poder de amplificación, posibilitado por la realidad a la vez “activante” e inhibidora que proviene de los demás actos. En este sentido el acto ético se desadapta de sí mismo, se desfasa en la medida en que no encuentra significación transindividual al nivel de los demás actos. El acto inmoral en cambio, es el acto que se concibe cerrado en sí mismo “(...) y destruye las significaciones relacionales de los demás actos (...)” (Simondon, 2009: 500). Se trata de un acto que tiende a la individuación total, la suya propia, y ya no admite como real más que lo que está totalmente individuado. Simondon señala como ejemplo de ello al esteticismo, que su persecución de actos siempre novedosos, “deviene una iteración de la novedad según una forma extrínseca de la novedad” (Simondon, 2009: 500). A continuación de la cita precedente Simondon afirma:

“(...) del mismo modo, el conformismo o la oposición permanente a las normas sociales son una dimisión frente al carácter actual de los actos, y un refugio en un estilo de repetición según una forma positiva de coincidencia o negativa de oposición en relación con lo dado. La iteración traduce la tendencia de un acto a reinar sobre todo el devenir en lugar de articularse con los demás actos” (Simondon, 2009:501).

Esta afirmación y la concepción ética que supone, nos parece especialmente relevante para pensar el presente. El escenario descrito en el inciso 4.4 resulta desalentador en la medida en que parece plagado de actos inmorales en el sentido mencionado. Sin embargo, consideramos que la ralentización sintomática de las relaciones de significación que desde un punto de vista implica un aturdimiento *degradante*, en algunos casos podría ser sintomática

de un “punto de saturación”, en el que la realidad preindividual está lista para ser estructurada en una nueva operación de individuación. Si tomamos en cuenta las consideraciones del inciso 2.3, respecto del rol de la capacidad afecto- emotiva, y la concepción ética simondoneana expuesta en el inciso 4.4, podemos señalar que la desorganización que resulta enriquecedora también se encuentra entre nosotros: ella es la que consiste en una perturbación invasiva en el individuo, que nace de lo preindividual y puede ser captada como emoción.

La emoción es el lugar de un pasaje, la seña de que ese algo está siendo transformado, por lo que en la medida en que la cultura salga al encuentro de la emoción y recoja los potenciales que la emoción libera, encontrará allí el campo según el cual organizarse. En la emoción reside el potencial organizador de la cultura y la intimidad entre ella y el mundo. En este sentido, concluimos, la cultura es negentrópica: se opone a la degradación mediante el uso de su propia desadaptación, es decir, instaura un régimen de individuación acorde a la ontogénesis. La cultura opera una amplificación organizante: se orienta mediante operación transductiva hacia el porvenir, mientras que modula las transformaciones posibles mediante una iteración fija del pasado destinada a evitar la variación fortuita. La organización de la cultura corresponde a la estabilidad del presente completo.

Ahora bien, esta concepción no implica necesariamente que la cultura pueda reponerse a los fenómenos de crisis que atraviesa. Tal como sucedía con el individuo viviente, según lo visto en el inciso 2.2, su obstinación por la existencia no está garantizada: hay desplazamientos que empobrecen su potencial organizador, como los que fueron caracterizados en la Parte III de este trabajo. Es por ello que concluimos que es en la concepción de Simondon sobre la dimensión ética, donde radica especialmente el potencial organizador de la cultura, crucial a la hora de recomponer los devenires irreconciliables mencionados. La ética en tanto serie transductiva entre acción y emoción, orienta al hombre en el sentido del devenir, lo vincula con su potencial organizador. Se trata de una concepción que ofrece una guía para situarnos en los períodos de crisis, es decir, una guía para pensarnos en tanto sistemas en permanente devenir, que sin embargo no están abandonados a la relatividad de lo fortuito. Este interés quizás sea la problemática central del pensamiento de Simondon. No en vano, en el último párrafo de *La Individuación...*, Simondon escribe:

“La ética es aquello por lo cual el sujeto sigue siendo sujeto, rechazando devenir individuo absoluto, dominio cerrado de realidad, singularidad apartada; (...) La ética expresa el sentido de

la individuación perpetuada, la estabilidad del devenir que es el devenir del ser como pre-individuo, individuándose, y tendiendo hacia lo continuo que reconstruye, bajo una forma de comunicación organizada, una realidad tan vasta como el sistema preindividual. A través del individuo, transferencia amplificadora salida de la naturaleza, las sociedades devienen un mundo.” (Simondon, 2009: 502).

6. Bibliografía:

6.1. Bibliografía principal.

- Bertalanffy, L. v. (1976). *Teoría General de los Sistemas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Combes, M. (2017). *Simondon. Una filosofía de lo transindividual*. Bs.As: Cactus.
- Hayles, K. (1990). *Chaos bound: orderly disorder in contemporary literature and science*. Londres: Cornell University Press.
- Heredia, J. M. (2015). Técnica y Transindividualidad. En J. B.-P. Rodríguez, *Amar a las Máquinas* (págs. 231-247). Buenos Aires: Prometeo.
- Heredia, J. M. (2017). *Simondon como índice de una problemática epocal*. Buenos Aires: FILODIGITAL UBA.
- Javier Blanco- Pablo Rodríguez. (2015). *Amar a las Máquinas. Cultura y técnica en Gilbert Simondon*. Bs. As.: Prometeo.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado, para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Morin, E. (2008). *Introducción al Pensamiento Complejo*. Buenos Aires: Gedisa.
- Penas López, M. (2014). *Individuación, individuo y relación en el pensamiento de Simondon*. Barcelona: s.f.
- Reynoso, C. (2006). *Complejidad y el Caos: Una exploración antropológica*. Buenos Aires: s/f.
- Rodríguez, P. E. (2006). El signo de la "sociedad de la información". De cómo la cibernética y el estructuralismo reinventaron la comunicación. *Questión*, vol.1 num.11.
- Rodríguez, P. (mayo 2016). La transindividualidad de Simondon: la coyuntura latinoamericana entre la política, la técnica y la afectividad. *Demarcaciones*, 155-161.

- Sadin, É. (2018). *La silicolonización del mundo*. Buenos Aires: Caja Negra .
- Simondon, G. (2008). *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Simondon, G. (2009). *La individuación a la luz de las nociones de forma e información*. Buenos Aires: Editorial Cactus y La Cebra Ediciones.
- Simondon, G. (2013). *Imaginación e invención*. Buenos Aires: Cactus.
- Simondon, G. (2015). *Forma, información, potenciales, en: La individuación a la luz de las nociones de forma e información*. Bs. As.: Cactus.
- Simondon, G. (2016). *Comunicación e Información*. Bs. As.: Cactus.
- Simondon, G. (2017). *Sobre la Técnica*. Buenos Aires: Cactus.
- Ramonet, Ignacio, Andrea Secara. (1998). *Geopolitics of Chaos*. New York: Agora Publishing.
- Wiener, N. (1989). *The human use of the human beings, Cybernetics and Society*. Londres: Free Association Books.

6.2. Bibliografía complementaria.

- Aguirre, G. S. (2015). Simondon como educador: una lectura transductiva en clave latinoamericana. En J. Blanco, & P. Rodríguez, *Amar a las máquinas. Cultura y técnica en Gilbert Simondon*. (págs. 173-194). Buenos Aires: Prometeo.
- Barthélémy, J.-H. (2016). De lo muerto que invade lo vivo: sobre la actualidad de la ontología simondoniana. *Demarcaciones*, 49-56.
- Jaime Durán Barba, Santiago Nieto. (2017). *La política en el siglo XXI*. Bs. As.: Debate.
- Nguyen, C. T. (2018). Echo Chambers and Epistemic Bubbles. *Episteme*, <https://doi.org/10.1017/epi.2018.32>.
- Norbert, W. (1989). *The Human use of the human beings. Cybernetis and Society*. Londres: Association Books.
- Palti, E. (2004). Koselleck y la idea de Sattelzeit. Un debate sobre modernidad y temporalidad,. *Ayer* 53, 63-74.
- Penas López, M. (2013). El concepto de potencia en Simondon. Hacia una filosofía horizontal de los afectos. *Astrolabio*, nro.10, 216-241.
- Preciado, P. B. (2017). *Testo Yonqui*. Buenos Aires: Paidós.
- Siri, S. (2015). *Hactivismo*. Buenos Aires: Sudamericana.

